

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

misión en solitario

vic logan



MISION EN SOLITARIO

SS Nº 1270

Autor: Vic Logan

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

MAX MORLAN entró en el Du Morier Bar, junto a la plaza Pigalle acompañado de una estupenda rubia que casi no llevaba falda.

Era la última conquista de Max. Era lógico que sólo tuviera ojos para ella. Incluso la dejó pasar delante para observar a placer el panorama de su silueta.

—¿Qué haces? —sonrió ella.

—Me ambiente —se limitó a responder Max.

—Creí que por eso me habías traído aquí —repuso la rubia.

—Yo no necesito estimulantes, pero soy amante de la naturaleza. Entraron sonrientes.

La rubia tuvo la culpa de que Max no observara al negro que muy cerca del bar estaba mirándoles.

Claro. A cualquiera con una rubia como aquélla le hubiese ocurrido igual, pero el negro parecía tener una predisposición especial por la pareja.

Y el negro se coló tras ellos. Lo hizo en forma parsimoniosa. Se quedó al fondo del local observando cómo Max y la rubia se colocaban encima de taburetes frente al mostrador del bar.

Max tomó un whisky y la rubia una especie de jarabe con grosella que según dijo ella era su bebida preferida.

—¿Siempre te emborrachas de este modo? —preguntó Max.

—Yo no me emborracho nunca. Me gusta vivir bien despierta las emociones.

—Te aseguro que no te van a faltar —repuso él con absoluta tranquilidad.

Aquí intervino el negro que se había aproximado con una

sonrisa de suficiencia a flor de labios.

Se situó entre Max y la rubia, pero mirándola a ella de forma harto descarada acercó una de sus manazas a las faldas de la chica y levantó lo poco que quedaba.

—¡Preciosa! —exclamó en un susurro comiéndosela con los ojos.

—¡Eh! ¿Cómo se atreve? —empezó ella.

Aquí tuvo que intervenir Max, como cualquier otro en su lugar.

—Si está borracho, lárguese...

—¿Qué mosca le ha picado? —gruñó el negro sin molestarse en volver la cabeza—. Déjeme en paz. Es demasiado mujer para usted.

Y pellizcó a la rubia.

Era indudable que el tipo buscaba camorra, y a fe que la tuvo. Max parecía un hombre tranquilo, normal y corriente, al menos por su expresión. Su corpulencia tampoco merecía el calificativo de sobresaliente, pero demostró que no tenía nada que envidiarle a un peso pesado.

—Ya veo que no entiende —dijo calmosamente y con movimientos medidos sujetó al negro por un brazo, le obligó a dar la vuelta en redondo y antes de que el de color pudiera ponerse en guardia se encontró en el suelo a consecuencia de un bien calculado golpe de Max que le alcanzó justo en el mentón.

Max le esperó tranquilamente porque intuyó que “aquello” no terminaría allí. Y no terminó.

El negro se incorporó como un energúmeno y se abalanzó sobre Max consiguiendo lanzarle un golpe y otro, pero el acompañante de la rubia demostró una habilidad poco común al esquivar ambos directos.

En vista de ello el negro, que encajó perfectamente un golpe en el estómago, se sujetó al cuerpo de Max y cuando éste le iba a mandar contra el suelo de nuevo, tuvo tiempo de susurrarle:

—Tírese al suelo. Soy amigo de Wilbur Sand.

Max reflexionó sólo un segundo y acto seguido se dejó caer siempre sujeto a su antagonista que en aquel instante ya había dejado de serlo, al menos para él.

El negro añadió:

—Era la única forma de ponerse en contacto con usted.

—Al grano —repuso Max.

—Rue des Marchands, 25, primera planta —adujo el negro

levantándose felinamente, y añadiendo—: Ahora vas a ver.

Trató de acometer nuevamente a Max, pero éste, tras esquivar su golpe que no tenía nada de fingido, pasó al ataque con un gancho que hizo volar materialmente al negro.

Chasqueó las manos y dirigiéndose a la explosiva rubia murmuró:

—Ya hemos bebido bastante por esta noche —dejó un billete sobre el mostrador y tomó a la rubia del brazo para salir y subir al auto en el que había llegado.

El negro se levantaba del suelo, visiblemente “tocado” por las caricias de Max y echaba a correr al oír el inconfundible y repetido claxon característico de las patrullas policiales de la Sureté francesa.

La gente, entre sobresaltada y confusa, había tenido boxeo gratis y en el auto que Max había puesto en marcha, la rubia, mostrando sus impresionantes extremidades inferiores, murmuraba:

—¡Oye! No sabía que fueras tan fuerte...

Max siguió conduciendo en silencio. Entró al boulevard y se detuvo frente el número 17.

—Hemos llegado —dijo escuetamente, sin ápice de buen humor. Repentinamente se había vuelto un hombre frío. Casi malhumorado.

—¡Oye! Que hemos regresado a mi casa. Aquí es donde yo vivo —protestó ella que se prometía una estupenda noche que había muerto apenas nacer.

—Y ahí vas a quedarte, muñequita. ¡Lo siento! Dejaremos la experiencia para otro día.

—Pero...

—¡Hala, hala! Tengo prisa.

La plantó. Ella no comprendía nada.

CAPÍTULO II

—**P**EGA usted muy fuerte, amigo —comentó el negro acariciándose el mentón.

—Usted tampoco es manco —repuso Max.

—Bueno... Era necesario hacer un poco de comedia. Nunca se sabe.

—Nunca comprenderé por qué todas las cosas tienen que hacerlas echando tanto teatro —dijo Max ofreciendo un cigarrillo al negro—. ¿Cómo se llama?

—Phil. Aunque el nombre no importa.

—Me ha estropeado un buen plan, Phil.

—Cumpla órdenes. Ya sabe. Wilbur Sand.

—¿Qué quiere el viejo?

—Asunto reservado. Quiere verle en Londres mañana. Voy a darle las instrucciones de memoria. ¿Me escucha?

—Adelante...

El negro, en su domicilio, una pequeña pocilga en un suburbio de París, la Rue des Marchands, entregó a Max un sobre que contenía dinero, murmurando al mismo tiempo:

—Lo he contado. No está mal. El trabajo debe ser de los buenos.

—Al grano.

Entre copa y copa, Phil dio nombres, señas e instrucciones, junto con un pasaje para el primer avión que salía de Orly con destino a Londres.

El aparato despegó puntualmente para llegar al aeropuerto de Heathrow a las 10,40 de la mañana.

Tras los trámites aduaneros, y en el mismo aeropuerto, Max

alquiló un coche y siguiendo las instrucciones recibidas se dirigió al hotel en el centro de la City. Le facilitaron la habitación 715, lugar donde le acompañó el mozo que llevó el breve equipaje consistente en una maleta. Max llevaba una cartera de mano.

Al quedar a solas consultó su reloj. Le quedaba algún tiempo. Se duchó. Cambió su camisa y colocó su equipaje en el armario. Por último abrió la maleta de mano, extrajo una máquina fotográfica y se la colgó al hombro. Salió a la calle cuando todavía faltaban veinte minutos para el mediodía.

A simple vista, Max era un simple turista.

Tomó el coche y tras consultar un plano lo puso en marcha dirigiéndose nuevamente hasta las afueras. Tomó la ruta de King Road.

Una hora más tarde se hallaba en una verde ladera solitaria. Al fondo observó una explanada muy propia, para el aterrizaje de aviones. No había nadie allí. Nadie excepto el propio Max.

El pequeño avión biplaza apareció cuando las manecillas del reloj de Max señalaban la una en punto.

El aparato tomó tierra, cerca de la alfombra de césped y no tardó en saltar del mismo su único ocupante, un hombre bien vestido, un clásico caballero inglés de unos cincuenta años de edad, físicamente bien parecido, vigoroso y ágil.

Max fue a su encuentro y segundos después ambos hombres se estrecharon las manos.

—Puntual —sonrió el recién llegado de Francia.

—Así debe ser. ¿Qué tal el viaje?

—Como todos los viajes.

—¿Estás en forma, Max?

—Procuró estarlo siempre. Pero... ¿Son necesarias tantas precauciones?

—Tantas y aún más. Este es un buen sitio. Yo le llamo el refugio. Son pocos los que conocen las características del terreno. Aquí puede aterrizar incluso un reactor.

—Ya veo.

—Ven, sube. Te explicaré el asunto.

—¿Dentro del avión?

—Seguro que allí no podrán escucharnos.

—A condición de que me dejes pilotar.

—¿Sabes?

—Para eso aprendí. Pero necesito practicar.

—Estupendo. ¡Vamos!

Poco después, Max, convertido en piloto, elevaba el aparato por los aires. Wilbur, después de observar que el avión estaba en buenas manos, extrajo un plano.

—Estúdiate esto, y después destrúyelo.

—¿Qué es?

—El plano de una mansión. Es casi un castillo. Hay cuatro secciones que interesan. Quiero que seas capaz de andar con los ojos vendados por ella aun sin haberla pisado nunca.

—Esto no es difícil.

—Fíjate bien en el sector marcado con una C. Es lo más importante.

—¿Y qué hay en este sector?

—La caja fuerte. Contiene joyas por valor de unos tres millones de libras al cambio.

—¿Joyas? ¿Al cambio? —Max daba la sensación de no comprender nada.

Mientras sobrevolaba ya la capital del Reino Unido, Wilbur Sand le iba relatando los pormenores de su trabajo.

Max escuchaba mientras se recreaba siguiendo el curso del río por encima de la City.

Edificios inconfundibles cobraban dimensiones inéditas desde el aire. El Parlamento, el Palacio de Buckingham, los variados y verdes parques, los edificios modernos incrustados entre las viejas piedras de las casonas seculares...

—Y ahora dime dónde está este palacio-castillo. ¿O es que debo ir también con los ojos vendados?

—Al sur de California, casi lindante con México...

Max lanzó un silbido.

—Sí. Comprendo que te extrañe. Pero era necesario preparar todo esto desde aquí. Este asunto, todo lo que hemos hablado, queda entre los dos. Tú y yo somos los únicos que lo sabemos.

Max asintió.

—No podemos correr riesgos. El trabajo debe resultar perfecto. —y añadió con una sonrisa—: Llevado a cabo por expertos extranjeros.

—¿Expertos?

—No podrás hacerlo solo, Max.

—Entonces seremos más a saberlo.

—No. Es decir, únicamente Emerson. Este será tu hombre. Si a alguien tuviera que confiar mi vida lo haría a él... Bueno, y a ti por supuesto.

—Ya.

—La dificultad principal estriba en el sistema de seguridad de esa mansión del Sur de California. Su propietario, el señor De Soto, posee un sistema de televisión en circuito cerrado que le permite controlar toda la casa y de modo especial su caja fuerte. Alguien tendrá que entorpecer ese servicio durante algún tiempo, y otra persona tendrá que desconectar la alarma.

—Otra persona más.

—Emerson cuidará de buscarla.

—¿Qué más?

—La caja, como verás, está enclavada en una parte de la bodega. Al final de los escalones hay una puerta de rejas. Se abre con una simple llave, pero inmediatamente que ha girado el cerrojo, el timbre de alarma empieza a sonar y además comunica directamente con el puesto de policía más próximo, aparte de que el señor De Soto posee un servicio especial y muy eficaz de guardias particulares.

Max asintió y dejó que su compañero de viaje siguiera exponiendo los problemas que presentaba el “trabajo”.

—La caja es moderna y cierra automáticamente por medio de control remoto. No se puede abrir mientras esté conectado el sistema. Eso no tiene dificultad porque una vez interrumpido el servicio eléctrico se puede abrir con facilidad..., conociendo la combinación, claro.

—Yo no soy experto.

—Emerson sí lo es.

—Algo es algo. ¿Me queda más por saber?

—El tiempo. La interrupción no se puede prolongar más de cinco minutos.

—¿Cinco minutos para... limpiar la caja, entrar, salir y escapar?

—Se puede hacer. Tú puedes hacerlo.

—Si tú lo dices.

—No seas modesto.

—¿Dices que las joyas están valoradas en tres millones de libras?

—Ponle unos ocho millones de dólares. Así suena a más dinero... Y ahora da la vuelta. Te dejaré en el “refugio”. Regresa en el coche y tómate la tarde para estudiar el plano y preparar el asunto. El trabajo hay que realizarlo el próximo sábado.

—Pero si estamos a lunes...

—En cinco días entre tú y Emerson tendréis tiempo. ¿No...?

—Si no hay más remedio... ¿Dónde encontraré a Emerson?

—En el Tiger Club. Es un local de mala nota. Está en el Soho. Esta noche. A las ocho.

—A la orden, jefe —sonrió Max y dio la vuelta al avión poniéndolo nuevamente rumbo al, verde prado donde Wilbur Sand había tomado tierra quince minutos antes.

CAPÍTULO III

LO primero que hizo Max después de haber tomado un ligero refrigerio y lamentarse interiormente de la cocina inglesa, fue encerrarse en su habitación, poner los planos que le había entregado Wilbur sobre una mesa y echar varias fotografías.

Seguidamente salió a la calle, compró un proyector para diapositivas, un revelador fotográfico, el líquido correspondiente y regresó al hotel.

En un par de horas de laborioso trabajo tenía ante sí los clisés que había sacado antes, escogió los mejores y quemó el resto junto con el plano original, dejando que las cenizas cayeran dentro de una papelería.

Oscureció la habitación cerrando bien las ventanas y corriendo las cortinas proyectó sobre las blancas paredes de la estancia los negativos.

Los planos quedaban perfectamente aumentados y podía estudiarlos mejor aún que en el original, gracias a la gran nitidez con que aparecían.

Max se sentó en una butaca y empezó a pensar.

La entrada. Primero, un porche.

Aunque Wilbur hubiese hablado de una mansión, el estilo debía ser propiamente el de un rancho, con algunas variaciones. No obstante lo exterior contaba poco.

Max observó el hall, cuadrado, no había división ninguna con la sala principal de la casa, únicamente un par de escalones descendentes para compensar el desnivel.

Dos grandes puertas a la izquierda. Despacho y biblioteca. No

tenían ningún interés excepto el puramente informativo. Puerta al fondo que comunicaba con las dependencias del servicio, cocina, lavabos, etc.

Gran arcada a la derecha que comunicaba con un salón que más al fondo se convertía en comedor.

Max recitó mentalmente los metros de longitud de cada pieza. Observó los puntos donde estaban colocados los muebles, y siguió estudiando.

Arco de paso que conducía a las habitaciones interiores situadas en el ala derecha. También tenían una importancia relativa, aunque convenía saber dónde estaban.

Lo importante estaba al frente. Al trasponer la arcada había la puerta del sótano. La seguían doce escalones, al término de los cuales por un lado se iba a la bodega propiamente dicha, pero enfrente estaba la puerta de rejas que conducía a la caja fuerte.

Tras aquella puerta había un corredor de dos metros de largo. Luego se ensanchaba formando un cuadro y allí estaba la puerta acorazada de la cámara de seguridad.

Ese era el corredor peligroso. Cruzándolo sonaría la alarma.

Pasó los planos donde se indicaban los puntos desde los cuales se controlaban los mandos. El pabellón con las instalaciones eléctricas, la pequeña sala de máquinas de donde surgía el canal privado de televisión. La casilla de conexiones, el teléfono...

A las 7 de la tarde, Max metió el proyector en la funda y guardó los clisés en el interior de un encendedor con carga de gas. Era una pieza curiosa. Curiosa porque parecía normal, pero disponía de un diminuto departamento donde cabían justos los clisés. La lámina de metal ligeramente separada permitía introducir los clisés por la base. Con una leve presión con los dedos era prácticamente imposible descubrirlos.

Cerró el encendedor, se puso la chaqueta y una gabardina y salió a la calle. Como estaba cerca del Soho, prefirió hacer el trayecto a pie.

Empleó seis minutos. Así que eran las ocho menos cinco cuando estaba a la puerta del Tiger Club.

Era un semisótano. Había un vestíbulo y una puerta. La abrió.

Parecía un bar sacado de una narración de Stevenson. Una taberna sórdida, digna de ambientar La isla del Tesoro.

Las ropas de Max desentonaban un poco, y algunos pares de ojos se volvieron con más o menos disimulo hacia su persona.

—Cerveza —pidió y enseguida preguntó—. Busco a un amigo mío. Se llama Emerson.

El tipo de la taberna le miró de pies a cabeza y murmuró:

—La puerta de al lado. Primer piso. ¿Quiere la cerveza?

—¿Por qué no? —sonrió Max y dejó una generosa cantidad sobre el mostrador mientras el otro le servía la jarra.

Max la vació como si en realidad estuviera sediento y salió del local para dirigirse donde le habían indicado.

Había una puerta al lado mismo de la entrada de la taberna.

Subió la escalera que conducía al único piso. No había nada más a excepción de un corredor que comunicaba con la parte trasera, a un descampado.

Max subió los escalones y llamó con los nudillos. Alguien abrió una mirilla para observarle.

—Busco a Emerson. Soy Max.

La mirilla se cerró bruscamente y la puerta comenzó a abrirse.

Max, a medida que la pesada puerta dejaba al descubierto la casa, pudo observar una buena iluminación y bastante menos sordidez que en la taberna, si bien, tanto muebles como la decoración aunque menos viejos que la casa, necesitaban de una inmediata jubilación.

Entró. No vio a nadie y se volvió hacia el lado por donde se abría la puerta.

Vio a un individuo joven, con melena abundante, jersey negro y mal afeitado. El joven tenía un aire insolente, cínico.

—¿Emerson? —inquirió Max.

Por toda respuesta el joven descolgó una cadena que colgaba de la puerta y la volteó.

Max no vio nada claro aquello, pero intuyó algo peor. Detrás de él surgió otro individuo, alto, con aspecto de bruto. Iba remangado y lucía unos poderosos bíceps. Ese no era barbudo ni melenudo era simplemente fuerte.

—Ya puede empezar la fiesta, Ted —dijo el de la cadena.

Y el bruto saltó sobre Max como una fiera.

El visitante de Francia se hizo a un lado y pudo esquivar el primer golpe, pero el melenudo intentó golpearle con la cadena y

Max, aunque se apartó, recibió una caricia en el antebrazo.

El bruto, que ya volvía al ataque, le cerró el paso murmurando:

—Déjame a mí, Pat... No tengo ni para empezar.

Y gracias a la habilidad de Max no le alcanzó en el mentón.

El de la cadena intentó darle de nuevo. Max perdió la paciencia.

—Bien, muchachos. Voy a corresponder a vuestra cortés bienvenida.

Hizo un extraño amago, cogió al aire la cadena que el melenudo Pat blandía, tiró de ella con fuerza y con la otra mano libre golpeó de revés al insolente.

Se revolvió, se agachó para evitar la cometida de Ted y le golpeó en el estómago un par de veces como lo hubiera hecho contra un *punch*, y sin darle tiempo a reaccionar le propinó un gancho en el pómulo derecho mandando al grandullón contra las tablas del suelo.

Se dedicó enseguida a Pat al que había abandonado unos segundos.

Con ése fue más fácil. Era fuerte, pero no lo suficiente para la habilidad de Max, sobre todo por su poderosa pegada. Le golpeó con las manos a derecho y revés obligándole a retroceder.

Terminó con un “un-dos” dejándole tendido.

El grandullón se levantaba sacando espuma por la boca y lanzando sordas e incoherentes maldiciones.

—¿Todavía queréis más? —inquirió Max colocándose de modo que pudiera dominar a los dos.

En aquel momento apareció un tercer hombre. De edad aproximada a la de Max, joven, perfectamente vestido, digamos clásico, ya se sabe, chaqueta, corbata... Algo chillón en conjunto.

Sonrió al tiempo que decía:

—Basta, muchachos... Veo que los informes eran correctos. Es un tipo duro...

—¡Maldita sea! —gruñó el mastodóntico Ted.

El recién salido añadió:

—Lo siento, Max... Teníamos que hacer una prueba. Según dicen vienes de lejos... Yo no me fío mucho de los forasteros, pero según tengo entendido eres un genio... A mí me gusta saber con quién voy a jugármela. Detesto a los blandos.

—¿Emerson? —inquirió Max mirando la escena en torno suyo.

El de la cadena se levantó de mal talante y miró con odio a Max.

—Sí, amigo. Soy Emerson. ¡Dejadnos solos, muchachos! —ordenó a los otros dos.

Max recogió el proyector que en la pelea había dejado caer sobre el suelo y lo sacó del estuche, comprobando que estaba en buenas condiciones.

—Menos mal que no se ha roto.

—¿Qué diablos es esto?

—Soy aficionado a las diapositivas..., como buen turista.

—¡Ah, ya!

Los otros dos desaparecieron por una puerta interior. Emerson abrió un mueble-bar y extrajo una botella de buen whisky escocés.

—Supongo que te apetecerá un trago.

Max asintió y su anfitrión sirvió dos generosas raciones del dorado líquido.

—Bueno. Ahí tienes... A nuestra salud y... porque nuestra unión sea fructífera... ¿Es verdad que eres un especialista?

—De algo hay que vivir, ¿no?

—¿Cuál es tu fuerte?

—Pues... tengo varios fuertes.

—Por ejemplo...

Hubo un silencio. Los dos hombres se miraban intensamente. Max rompió ese silencio y Emerson se echó a reír.

—Mi fuerte son las mujeres.

—Eso ha tenido gracia, pero me parece que estamos a la par. A mí tampoco se me da mal.

Se habían terminado el whisky y Emerson solícito se apresuró a llenar nuevamente los vasos.

—No, no. Ya es bastante.

—¿Aguantas poco?

—Aguanto, pero ahora no me apetece... Tenemos mucho de que hablar y no nos queda mucho tiempo.

—¡Bah!

—Estás muy tranquilo. Me gusta la gente con serenidad, pero lo que tenemos que hacer no es un juego de niños.

—¿A qué te refieres? —preguntó Emerson.

Max le miró con una sospecha.

—¿Es que no lo sabes?

—Bueno. Te refieres a esas joyas. ¿No?

—Por un momento pensé que me había equivocado de hombre...

—Olvídate de las joyas.

—¿Qué dices?

—Ya me has oído. Que te olvides de las joyas. Tengo otros planes.

Max iba a contestar, pero alguien hurgó en la puerta de la calle. Entró una mujer, una muchacha de unos veinticinco años, bonita, con una silueta casi perfecta, falda muy corta, pelo rojo, ojos grandes, cintura pequeña, pecho proporcionado.

—¡Oh! Ha llegado el amigo que esperabas, ¿eh? —comentó cerrando la puerta.

—Hola, nena, siéntate...

Max no estaba a gusto. Allí fallaba algo. Se puso en pie.

—Lo que tenemos que hablar hemos de hacerlo a solas, amigo. Y parece que esta noche estás bastante ocupado. Así que... será mejor que nos veamos mañana por la mañana. ¿Eh?

—No, no... Nada de esto. Y Marie puede quedarse aquí perfectamente.

—Tú sabes que no...

—Yo sé que sí, Max... —repuso el otro en tono desafiante.

—Emerson... En este asunto cuantas menos personas sepan lo que nos proponemos será mucho mejor. Empiezas por tener a un hombre de más. Necesito un técnico en electrónica, no un gorila... No me gusta esa gente y..., ¿comprendes?

—Hablas como si fueras el jefe.

—De ese asunto sí lo soy, Emerson. Pero si no te gusta...

—Poco a poco... Tú eres el “especialista”. Pero el jefe soy yo...

Max esperaba otra cosa de Emerson. Le estaba resultando un hombre distinto al que le había pintado Wilbur Sand.

Dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta, pero a su espalda sonó el chasquido de un arma al ser montada.

Se volvió.

Emerson tenía una automática en la diestra y la expresión feroz en el rostro.

—No irás a ninguna parte, Max. Necesito a un buen especialista y ya lo tengo.

—¿Qué juego es éste? —inquirió Max.

La muchacha —Marie— observaba la escena con atención, pero sin tomar parte.

—Mi juego, Max... Así que siéntate y escucha... —seguía apuntando.

Max se sentó.

Emerson, sin dejar de encañonarle, siguió:

—Olvida lo de las joyas. Demasiado complicado, hay que venderlas y dar parte a los compradores. Es más fácil que te pesquen. Prefiero el dinero. Es más seguro y se puede gastar enseguida. No hay que esperar. Asaltaremos un Banco. Tú lo planeas para que nada falle. Supongo que si te han ido a buscar lejos es porque vales. ¿No?

—Estás loco o te has drogado... Yo no asaltaré ningún Banco. Las órdenes son... —se detuvo. Ahora lo que sentía no era una simple sospecha. Estaba tomando cuerpo una sola idea:

¡Aquel hombre no era Emerson!

CAPÍTULO IV

LE asignaron una habitación. El propio Emerson le acompañó. El gorila Pat se quedó al otro lado de la puerta.

—Si intenta algo, liquídale. Tiene que comprender que el jefe soy yo. Es duro de mollera. Me extraña. Quizá no sea tan listo...

Se volvió hacia Max que observaba el cuartucho, equipado con un camastro arrinconado a una pared mohosa. Había un orinal en un rincón junto a la mesa. En la pared colgaba un perchero.

—¿Quieres morir pobre, Max? Elige. Pasado mañana una furgoneta de la sucursal del Banco de la calle Elsie, transportará una bonita suma de dinero. Sólo hay dos guardianes... Cuando estés dispuesto a escucharme hablaremos de ello. Y si mañana no te has decidido te mandaré al infierno.

Estas dos últimas palabras Emerson las dijo en tono más elevado, furioso.

Cuando se dirigía hacia la puerta Max le preguntó:

—¿Quién eres en realidad?

Emerson sonrió.

—Adivínalo.

—Sé que no eres Emerson.

—Emerson era un imbécil, y apuesto a que quería pasarse de listo.

—¿Dónde está?

—Pues... —el otro se encogió de hombros y murmuró con sorna—. Con los angelitos... Que descanses. Y ya sabes. O llenarte los bolsillos o pudrirte con los gusanos bajo tierra. Tú eliges, “especialista”.

Y cerró la puerta. Luego una llave dio la vuelta a la cerradura y Max quedó metido entre aquellas cuatro paredes que no disponían ni tan siquiera de una ventana.

“Tengo que avisar a Wilbur”, pensó Max.

Pero sabía que aquello era imposible.

Pensó en el trabajo que tenía que realizar en California ¡el sábado!

Faltaban sólo cinco días. Tenía que prepararlo todo, tenía un largo viaje de por medio y estaba solo.

“Tengo que avisar a Wilbur”.

No. No le dejarían salir. Aquellos tipos serían capaces de freírle a tiros. Y él no llevaba ningún arma para defenderse. Precisamente las armas tenía que facilitárselas Emerson...

En aquellos momentos, las 9,30 de la noche, Wilbur Sand, sentado cómodamente en una butaca de su despacho particular, saboreaba el café que acababa de llevarle su esposa que tomó asiento a su lado para observar la televisión.

—Esta noche hay un concierto del Albert Hall... —dijo a la esposa y ante el silencio de su marido inquirió—. ¿Me escuchas, Wilbur?

La película que estaban televisando se terminó y el locutor dio paso a las últimas noticias del día:

—Esta tarde se ha descubierto el cuerpo de un hombre flotando en aguas del Támesis, en las cercanías del Puente de la Torre. Identificado el cadáver, ha resultado ser un joven de 27 años de edad, llamado David Emerson...

—¡Cielos! —exclamó para sí Wilbur.

Su esposa le miró largamente.

—Wilbur. ¿Qué te ocurre? Hace días que te veo preocupado...

—No es nada, cariño. Tú no puedes ayudarme. —se levantó y añadió—: Tengo que salir. Me ha quedado algo de trabajo en la oficina.

—¿Y tienes que ir a estas horas?

—Lo siento, querida... Mi trabajo es muy personal. No puedo pedir que lo hagan otros. Escucha ese concierto. Espero no regresar muy tarde.

Y salió de la casa.

Luego al volante de su automóvil comenzó a repasar la

situación.

—Todo calculado tan minuciosamente y ahora...

Llamó desde una cabina pública al hotel de Max, preguntó por él, pero le dijeron que no estaba en su habitación.

Esa misma llamada la repitió a las doce de la medianoche...

Luego a la una de la madrugada desde su cama. Max no contestaba y Wilbur se preocupó más todavía, porque empezó a temer que además de la muerte de Emerson, había algo más que también funcionaba mal.

Max, por su parte, tendido en el camastro de la habitación sin ventanas había tomado su decisión.

—No tendré más remedio que hacer lo que me digan... Será el único modo de salir de este encierro.

Salió antes de lo que esperaba. Era la 1,20 de la madrugada.

El gorila abrió la puerta, detrás apareció el falso Emerson.

—Nos largamos. Este sitio quema. Los polis han empezado a hacer preguntas. Menos mal que tengo buenas amistades. ¡Vamos, muévete!

Cinco minutos más tarde, subían a una furgoneta, los cinco. Conducía el melenudo Pat. Marie iba a su lado. Detrás, en un improvisado banco, viajaban Ted, Max y el falso Emerson por este orden.

El viaje duró unos veinte minutos. La furgoneta se detuvo en un lugar oscuro y solitario a orillas del inevitable Támesis.

Entraron en una vieja casa que tenía acceso subiendo una escalera de madera.

Max estuvo durante todo el tiempo bajo la mirada amenazadora del vengativo gorila y otra mirada peor aún, la del ojo del cañón de la automática del falso Emerson.

Tras asegurar bien la puerta, el falso Emerson dio la luz y sacó un plano de un bolsillo, arrojándolo sobre la mesa.

—¿Conoces la ciudad...? Sí... Debes conocerla puesto que te han hecho venir adrede para un golpe... ¿Es así?

Max alisó el plano sobre la mesa y observó la encrucijada marcada con un círculo rojo.

El falso Emerson murmuró:

—Aquí es donde podemos sacar pasta de la buena. Yo tampoco quiero que seamos muchos. Los cuatro basta. Una furgoneta sacará

el dinero, a las ocho menos cuarto, lo tengo visto. Ahora ingéniate las para que todo salga bien. Sin pegas... Tú eres un gran especialista.

Y como cada vez que mencionaba esta palabra sonreía casi de oreja a oreja, medio en son de burla, pero no exento de satisfacción.

—¿Y bien...? ¿Qué dices? —inquirió el falso Emerson ante el silencio de Max que seguía observando el plano y memorizando el nombre de las calles.

Al fin respondió:

—Esto es fácil. No me necesitáis a mí. Tenéis armas, ¿no?

—Tiene que ser un trabajo fino. Emerson decía que...

Se interrumpió, como si el haber nombrado a Emerson le fastidiara.

—Bueno, sigue —murmuró Max con frialdad.

—Me llamo Meyland. Jake Meyland. ¿Entendido? Soy el jefe. Quiero que planees esto. El imbécil de Emerson dijo que tú eras el mejor. Trabajo perfecto, sin huellas, sin tiros y huida asegurada. Espero que no exagerará porque... —entreabrió la chaqueta y mostró su automática metida entre el cinturón y el pantalón.

—Un helicóptero. Necesitamos un helicóptero...

—¿Eh? —y Meyland miró en torno suyo a sus dos compinches.

—Bueno, Los golpes perfectos necesitan su material.

—¿Y de dónde quieres que saquemos un helicóptero? —protestó el gorila.

—¡Está loco! —exclamó el otro.

—Bueno. Queréis un golpe perfecto... ¿No? Yo soy un hombre caro, pero no fallo nunca.

—¡Es una tontería! —gruñó Pat, el aficionado a manejar la cadena—. Podemos hacerlo solos. Con las metralletas.

—Bien. En tal caso, hacedlo. Yo renuncio.

—¡No, Max! —atajó Meyland—. Nada de eso. Y vosotros callaros. Dejad al... especialista... Un helicóptero. No está mal pensado... Pero ¿y quién lo maneja?

—¿Nadie sabe pilotar un aparato de éstos? —inquirió Max.

—¡Oye, amigo! —empezó Pat.

—Queréis ganar dinero y no sabéis hacer nada para conseguirlo —sonrió Max.

—Este tipo nos está tomando el pelo, Mey... —empezó Pat.

—Pat tiene razón —arguyó el gorila Ted—. Hagamos el trabajo nosotros. A nuestro modo.

—¡Silencio! —ordenó el jefe—. Seguro... Seguro que él sí sabe manejar un helicóptero... ¿Verdad, amigo?

Max, tras un silencio, sonrió.

—Por supuesto.

—Bien... Bien..., alquilaremos uno. Tú anticipas el dinero. Sé que lo tienes... Emerson me lo dijo... Tú pagas... Iremos a por el helicóptero. ¿Qué más?

—Bueno... Será cuestión de pensarlo... Supongo que el Banco tendrá una azotea.

Los tres cambiaron sendas miradas. Por fin Meyland se aproximó al plano mientras Max estaba haciendo unos cálculos...

—Di todo lo que se te ocurra. Se hará como tú dices. Pero si algo falla, te llenaré el cuerpo de plomo. Palabra —aseguró el jefe.

CAPÍTULO V

MAX quería terminar cuanto antes para verse libre de aquella gente, pero el trabajo tenía que realizarse el jueves justamente porque era el día que según Meyland el Banco transportaba una fuerte suma de dinero.

El jueves era exactamente la antevigilia del día que él tenía que estar al Sur de California, en un rancho para apoderarse de unas joyas, trabajo para el cual no contaba con ninguna ayuda, no obstante era consciente de cuán importante era para su jefe aquel asunto y por ello necesitaba abreviar. Sus pensamientos estaban fijos en la manera de huir, aunque sólo fuera para comunicar a Wilbur Sand que estaba atrapado.

Pero seguían vigilándole. El gorila sobre todo no le quitaba el ojo de encima y Pat, el de la cadena, parecía esperar el momento oportuno para vengarse de la paliza recibida.

Transcurría el martes y Max había dispuesto ya la forma de realizar el atraco.

Salió del cuarto en el que estaba confinado y se reunió con los demás. El jefe no estaba.

—Vamos. Hay que repasar esto —dijo mostrando el plano.

—Cuando venga Meyland —gruñó Pat.

—Mientras tanto ganaremos tiempo.

—No se puede hacer nada sin Meyland —adujo el gorila.

—¡Maldita sea! Quiero que os sepáis esto de memoria. Si no estáis de acuerdo me largo —e hizo intención de dirigirse hacia la puerta. Pat sacó raudo el revólver.

Max se volvió sonriente.

—¿Por qué no disparas, valiente? ¿Quieres quedarte sin especialista? ¿Cómo piensas huir si no sabes pilotar el helicóptero?

—¡Quieto, Max! ¡Quieto o no respondo! —espetó Pat acorralado. Estaba nervioso. Puede que hubiese disparado.

—A mí no me importa haceros un favor con tal de conseguir un puñado de libras. Pero me fastidia trabajar con aficionados... ¿Está claro? Lección primera. El plan hay que saberlo de memoria. Aun durmiendo. Elige, Pat, o trabajamos o me largo.

El gorila intervino.

—Bueno, calmaos. No estará de más repasar la lección.

—¡No quiero que me dé órdenes! —rugió el otro con la mano temblando.

Max observó la pistola moviéndose en la diestra del joven y arguyó:

—Nadie te dará un penique si ve que tu mano tiembla. Debes aprender a dominarte, muchacho...

La muchacha —Marie— observaba en silencio, sin intervenir, pero miraba extrañamente a Max.

La puerta se abrió de pronto y apareció el jefe calmando la tensión.

Miró la escena apenas cerrar e inquirió:

—¿Qué ocurre?

—No tienen la menor idea de lo que es disciplina —gruñó Max.

—Se está pasando de listo. Se burla de nosotros —exclamó Pat.

—¡Que haya paz! —ordenó Meyland y en tono sonriente añadió —: Tengo ya el helicóptero contratado. Iremos a buscarlo mañana —y agregó—: A las 7, como tú propusiste.

—De acuerdo. Ahora hay que repasar la lección.

Meyland asintió y Max repitió las consignas preguntando a cada cual lo que tenía que hacer.

—Tengo todo lo que me pediste —dijo Meyland—. El uniforme... ha sido fácil, en la sastrería del teatro... Luego los productos de la droguería para el humo... Tú sabrás hacerlo, ¿no? Yo no lo veo nada claro... Bueno... Todo está en la maleta. La tengo en el coche...

—Bien... Repasemos el plan —insistió Max—. Ted estará al volante del coche...

—¿Y por qué el coche si vamos a huir con el helicóptero? —

protestó el aludido.

—Silencio, Ted —ordenó Meyland al grandullón—. Deja que haga su plan. Hay mucho dinero... A partes iguales. Tal vez trescientas o cuatrocientas mil libras... Sigue, Max.

Max miró a los codiciosos compinches de circunstancias y siguió:

—Meyland y tú, Pat, inmovilizaréis a los policías, yo os cubriré...

—¡Oh, no, no! En eso no estoy conforme... Tú no llevarás armas, Max —adujo Meyland.

—¡Un momento! Si tomo parte en el asalto debo llevarlas...

—Te daré un revólver... Descargado. También hace su buen efecto. Yo seré el que os cubra y el que coja los sacos...

—Está bien... Si lo quieres así...

—No temas. Tendrás tu parte. Cuando tengas el dinero en tu poder haz lo que gustes, pero mientras tanto... no acabo de fiarme. ¿Sabes?

—Entonces no perdamos tiempo. Ya conocéis el plan. Hacedlo vosotros.

—¿No te interesa el dinero? ¿O es que has planeado las cosas de modo que fracasen?

—Eres un perfecto estúpido, Meyland. Yo también estoy en el juego. ¿No? Si algo fallara nos prenderían a todos... y sería la primera vez... Pero con aficionados como vosotros no me extraña...

—No somos aficionados, Max, pero nunca hemos realizado un golpe de esta envergadura.

—Entonces obedecedme... Tenéis a un especialista. ¿No? ¿Para qué diablos lo queréis si cada cual está pensando en tirar por su lado? En un asunto así sólo puede mandar una persona.

—Pareces un maldito militar. Tienes don de mando... Me gustas, Max... Pero yo soy el general. Tú el especialista. Piensa, dirige, pero nada de armas... cargadas. En eso no estoy de acuerdo y no fallará el golpe, si lo has planeado bien.

Max lanzó un bufido y gruñó:

—De acuerdo. Sigamos.

* * *

El helicóptero surcaba el encapotado cielo londinense a las 7,30 de la mañana. La ciudad a vista de pájaro volvió a cobrar la inédita

fisonomía que Max había visto ya desde el avión de Wilbur Sand.

Los tres hombres —Meyland, Pat y Ted— observaban nerviosos la ciudad brumosa a sus plantas. Max dirigía el aparato hacia el punto de destino.

—Nos estamos acercando —dijo el jefe.

—Sé dónde voy. No te preocupes —repuso Max.

Pulsó una palanca y el aparato dio un brusco giro y perdió altura mientras el interior se convirtió en un murmullo de gruñidos.

—¡Eh! ¿Te has vuelto loco?

—¿Qué diablos haces?

—¡Je! —sonrió Max después de hacer que el aparato recobrara su posición normal—. Valientes camaradas para dar un golpe... Se asustan por nada.

—¡No juegos! Te lo advierto —espetó Meyland y para reforzar su orden sacó la automática.

—Dispara, anda. Y os vais todos a daros un remojón. ¡Al fondo del Támesis!

Y apretó de nuevo la palanca obligando al helicóptero a descender a velocidad endiablada.

Todos perdieron el control, asiéndose donde podían procurando no caer. Max les manejó a su antojo hasta que decidió volver a poner el aparato en buena posición.

—Y si alguien vuelve a amenazarme, nos hundimos. ¿Está claro?

Ya nadie respondía. Sólo Meyland entre dientes murmuró algo ininteligible.

Max recordaba lo ocurrido en la última hora de la noche anterior, cuando todos fueron a acostarse... Habían terminado de cenar. Meyland ordenó:

—Tú a dormir, Max. Ted hará la primera guardia.

—Necesitáis dormir —adujo Max—. Dejad de hacer el idiota o mañana no estaréis en forma.

—De todas formas dormiremos poco —adujo el jefe—. Dos horas cada uno de guardia y cinco en la cama... Yo también sé calcular.

—Yo me voy... Suerte —arguyó Marie y dio un beso en la mejilla de Meyland.

Luego miró a los demás.

—Suerte a todos —añadió y se dirigió a Pat para besarle también.

El de la cadena sonrió complacido.

Luego le tocó el turno al grandullón que mostró su complacencia gruñendo.

Tras una ligera duda también hubo ósculo para Max.

La muchacha se le acercó como a los demás y buscó la mejilla del joven con sus labios al tiempo que decía:

—Suerte para usted también.

Sólo que a Max, cuando tenía el oído muy próximo a ella le añadió:

—Tenga cuidado. Quieren matarle.

Nadie lo oyó. Nadie excepto Max.

CAPÍTULO VI

EL helicóptero se había posado sobre la azotea de un moderno edificio de catorce plantas. Era una muestra de tantas de las estructuras modernistas comunes en la Europa occidental. Londres tampoco se ha librado de la nueva arquitectura que contrasta con las casas tradicionales.

El edificio estaba situado a la espalda del Banco, entre dos esquinas. Allí era el punto final del viaje, cuando faltaban siete minutos exactamente para la hora del golpe.

Todos estaban bastante nerviosos, aunque Meyland como jefe procuraba disimularlo. El más calmado era Max.

Claro que Max no había oído nada de la reunión previa a la última cena.

Meyland contestando a una pregunta del impetuoso Pat había dicho:

—Partes iguales, pero sólo para los tres. Nos desharemos de Max después que tengamos el dinero.

Ted, el gorila, saltó para preguntar:

—¿Y quién manejará el helicóptero?

—De eso nada. Contraté a un piloto. A las 8 estará en la azotea del edificio. Él nos conducirá donde queramos. Así ahorraremos una parte y nos desharemos de este tipo. No sé... No me fío.

—Pero... el piloto sospechará... Se enterará del atraco.

—Si pone algún reparo le obligaremos... ¿O preferís seguir aguantando a Max?

Todos fueron del parecer del jefe. Eliminar a Max... y asunto concluido.

Lo único que el especialista sabía era lo que le había dicho la muchacha:

“Tenga cuidado. Quieren matarle.”

Lo que Max ignoraba era por qué demonios era la novia de Meyland precisamente quien quería ayudarle.

Saltaron del helicóptero. La elevada azotea del edificio dominaba perfectamente una buena parte de la ciudad. El día seguía nublado y ventoso y desde las alturas el aire soplaba con más fuerza.

—¡Adelante! —indicó Meyland.

Corrieron todos hacia la puerta que conducía a la escalera.

—El ascensor —indicó Max al llegar a la planta número quince habitable.

Un ascensor automático les llevó rápidamente hasta el nivel de la calle.

Sólo había que dar la vuelta a la esquina y andar hasta la calle donde la furgoneta del Banco ya no tardaría en llegar.

Max consultó el reloj. Eran las 7,44 minutos.

—Eres matemático —sonrió Meyland.

—Me gusta la puntualidad. Ahora quiero mi revólver.

—Sí, claro.

Se lo entregó agregando:

—Sólo nosotros sabemos que está descargada.

—Espero que no haga falta —repuso Max examinando el arma. Era una “Remington”, bastante vieja, pero segura, aunque descargada servía de bien poco.

Max hizo una señal y el grandullón de Ted se dirigió al coche.

—Espero que no se lo hayan robado —sonrió Max.

—¿Te gustaría que algo saliera mal? —espetó Meyland.

—¡Al contrario, al contrario! —repuso Max.

Luego fue Pat el que se adelantó hacia la salida del callejón observando la calle. Se volvió e hizo una seña indicando que Ted ya estaba en el coche.

Meyland consultó el reloj.

—Pasa medio minuto.

—No te inquietes. Ellos no tienen por qué ser tan matemáticos. ¡Cálmate!

—Estoy calmado. Anda, ve con Pat. Cuando llegue la furgoneta

haced la seña.

Max avanzó para reunirse con el más joven del grupo que observaba la plazoleta cercana.

—Tiene que venir por allí —dijo.

Max asintió.

A partir de ese momento cada segundo pesaba como una tonelada de plomo, o de paja que para el caso era lo mismo, pero pesaba. Pesaba en el ánimo de los encartados.

Dos minutos, tres...

—No viene... Ya debería estar aquí —espetó Pat.

—¿Nunca se ha retrasado? —inquirió Max.

—No... Más o menos llega menos cuarto... Las 7,45.

—Has dicho más o menos...

—¡Menos cuarto!

—Está bien, muchacho, yo no tengo la culpa de que la furgoneta se retrase...

En el interior del auto y con las manos crispadas sobre el volante Ted mostraba también su impaciencia.

Cuatro minutos de espera.

Por la calle circulaba el tráfico normal.

Pat tenía los puños crispados.

—Nervioso, ¿eh? —comentó Max.

—¡Cállate! —gruñó el otro.

Meyland se había metido por el corredor de una escalera que comunicaba con el callejón. Aguardaba también con impaciencia sin dejar de consultar el reloj. La sirena de un coche alarmó a los que aguardaban con los nervios a flor de piel.

Pat cambió la mirada con Ted que se encogió de hombros. Luego, al fin, cuando la sirena se aproximaba a la calle todos pudieron comprobar que se trataba de una ambulancia.

—Tranquilo. La policía todavía no sabe que se va a cometer un robo. Esta es nuestra ventaja —adujo Max.

Pat maldecía la frialdad del especialista.

Por fin su rostro se iluminó.

¡La furgoneta estaba dando la vuelta al burladero de la plazoleta!

—¿Lo ves? Ha llegado.

—Preparado, Max —exclamó el joven en un susurro. —

Tranquilo, tranquilo... En cuanto estén cargando los sacos.

La furgoneta había entrado en el callejón contiguo al Banco. Ellos dominaban perfectamente la situación.

Dos policías cubrían la entrada. Al fondo del callejón sin salida había la puerta de los servicios del Banco. Se abrió

Tras unos segundos de espera, salieron tres hombres. Cada uno de ellos llevaba una valija cerrada con candado.

Si eran tres el botín prometía ser bueno...

—¡Vamos! —dijo Max en un susurro.

Pat se lanzó hacia adelante.

CAPÍTULO VII

—¡CUIDADO! —gritó uno de los guardas ante la precipitación inconfundible de Pat.

Max, más sereno, apretó contra las costillas de uno de los policías el revólver descargado que llevaba.

—¡Quieto!

El otro quiso revolverse, pero Pat le golpeó con el revés del arma dejándolo sin sentido.

Uno de los servidores del coche intentó sacar un arma, pero surgió Meyland del portal del callejón con la pistola.

—¡Al suelo! ¡Échese al suelo! Y ustedes dejen los sacos...

Uno de los empleados que llevaban el dinero dio la vuelta para huir hacia el interior de la puerta de servicio del Banco, pero Meyland, sin dudarlo, disparó alcanzándole en mitad de la espalda. El empleado vio frenada su marcha para siempre, y cayó al suelo enrojeciendo las baldosas de sangre.

Rápido, Meyland cogió los dos sacos que los otros habían arrojado y uno de ellos lo tiró a Pat.

—¡Tómalo! —gritó.

En aquel instante el policía al que Pat había golpeado se removió intentando recoger el revólver que había caído al suelo junto a él.

—¡Cuidado! —gritó Meyland.

Pat apuntó al policía mientras el saco caía a los pies de Max.

—¡No! —gritó Max viendo la intención de Pat que era la de matar al representante de la ley.

Pat iba a disparar, pero Max le empujó hacia un lado.

—¡Quieto! —gritó Meyland al tiempo que disparaba.

La bala alcanzó al policía que a medio levantar quedó como inmóvil, sorprendido por la herida mortal, pero tuvo tiempo de disparar a su vez, y Max, haciéndose a un lado, vio cómo Pat caía alcanzado por una bala que le produjo una gran mancha de sangre en el costado.

Meyland volvió a disparar y esta vez lo hizo contra Max, pero éste había tomado ya sus precauciones. Tenía en su mano la pistola que había quitado al policía al cual encañonó e hizo uso de ella contra Meyland que recibió el balazo en el pecho y cayó hacia atrás, pero consiguió arrastrarse hacia donde había quedado el otro saco con el dinero.

El policía libre intentó lanzarse contra Max, pero éste le contuvo con el arma.

—¡No! ¡Cúbrase! —dijo y saltó hacia adelante mientras Meyland desde el suelo abría fuego contra Max que escuchó el silbido de las balas que si no le alcanzaron fue por la imprecisión de Meyland.

—¡Maldito! —rugió el jefe y volvió a disparar, pero esta vez y a muy poca distancia, Max se le anticipó. La descarga fue definitiva y el jefe quedó inmóvil en el suelo.

Max se revolvió y tomó uno de los sacos disparando al aire para amedrentar a los empleados que huyeron hacia el interior del Banco utilizando la misma puerta de servicios por la que habían salido.

Un saco quedó en el suelo mientras Max recogía el otro y corría hacia el automóvil donde aguardaba Ted más nervioso que nunca.

El policía que había salido ileso recogió una pistola y salió a la calle principal para disparar contra el fugitivo.

Max estaba ya en el auto y ordenaba:

—¡Rápido! ¡En marcha!

—¿Y los otros?

—¡Están muertos! Da gracias a que sigues conservando tu piel.

El policía efectuó los primeros disparos. Alguna mujer gritó, aterrada. Ted pisó el acelerador y se perdió en la plazoleta a la que dio la vuelta, mientras en la calle sonaban pitidos y un par de policías acudían al lugar del suceso atraídos por el crepitar de las pistolas.

—No puede ser..., no puede ser —comentaba Ted mientras daba la vuelta para buscar la calle trasera al Banco.

—Cállate de una vez... Y fíjate en lo que haces.

Ted tuvo que esquivar un coche que se le venía encima y enseguida consiguió dar la vuelta hasta meterse en la otra calle paralela por la que avanzó unos cincuenta metros hasta detenerse frente al edificio de quince plantas.

Bajaron ambos y Max con dos de los sacos del Banco —el tercero había quedado en el suelo— entraron en el edificio para dirigirse hacia el ascensor.

—Nos cogerán... Nos alcanzarán —gimoteaba el grandullón.

—Procura andar con naturalidad... ¡Vamos! ¡No grites ni mires atrás!

Encontraron uno de los ascensores libres y Max pulsó el botón correspondiente a la quinceava planta.

Llegaron sin novedad.

Al lado del helicóptero había un hombre aguardando. Max no le hizo el menor caso.

—¿Van a utilizarlo ustedes? —inquirió el individuo.

—¿Quién es usted? —preguntó Max.

—Me dijeron que querían ir a Dover. ¿Son sólo ustedes dos?

—No, amigo... Me voy solo —dijo Max.

Pat reaccionó y trató de sacar el arma que llevaba consigo, pero Max se le anticipó con mucho y sacó su arma que había tomado del policía.

—¡Cuidado! Tú te quedas aquí... —Y dirigiéndose al del helicóptero, que evidentemente no comprendía nada, añadió:

—Se ha cometido un atraco. Ese es uno de los hombres que busca la policía.

Max subió hacia el aparato, mientras Ted gruñía:

—¡Canalla! ¡Traidor!

—¡Que te vaya bien en la cárcel!

—¡Eh, espere! —gritó el piloto del helicóptero, pero las hélices del aparato estaban ya batiendo. Max, buen conocedor de los mecanismos, puso rápidamente el artefacto volante en marcha. Segundos después se elevaba por los aires.

Ted sacó rabioso la pistola, pero tuvo que replegarse porque desde el aire Max le envió unos cuantos saludos de plomo obligándole a desistir de su desesperado ataque.

Poco después ya era completamente inútil alcanzar el

helicóptero que Max tripulaba a la perfección.

No mucho más tarde llegó a la explanada, junto a la verde ladera donde había tenido su primera entrevista con Wilbur Sand.

Si el propio Wilbur había dicho entonces que aquello era como un refugio, ahora iba a serlo también para Max.

* * *

El avión particular de Wilbur Sand tomó tierra justo al mediodía.

Miró alrededor y vio aparecer a Max de debajo de unos arbustos, la única vegetación con cierta altura que existía en el lugar.

—Creí que vendrías antes —gruñó Max.

—Bueno, primero tenía que saber lo ocurrido —se disculpó Wilbur mirando en derredor—. Cuando supe que uno de los atracadores había huido en helicóptero, imaginé enseguida que te habrías dirigido a este sitio... Por cierto... ¿Qué hiciste del helicóptero?

—Me lo he comido... ¿Crees que soy un novato? ¡Ahí está! —y señaló los ramajes que ocultaban el aparato y añadió—: También está el dinero. Dos sacos, el otro le dejé...

—¿Por qué no los dejaste todos?

—Porque se trataba de un atraco en serio. ¿No crees? En cierto modo tenía la ventaja de mi parte... Bien. Ahora el devolverlo ya es asunto tuyo. Bastante lío he tenido...

—Lo siento... Las cosas se complicaron sin que yo lo supiera... Olvida eso ahora... El dinero..., no te preocupes, yo lo haré llegar. Ahora lo que importa es que no te reconozcan. Vamos, coge los sacos y ven al avión. Te llevaré a un lugar seguro.

Max sacudió la cabeza de un lado a otro y comentó:

—Si es tan seguro como hasta ahora...

—Olvídalo, Max. Yo no sabía que habían asesinado a Emerson. Cuando me enteré, tú ya estabas allí... Pensé que podrías regresar, pero me di cuenta de que tenías problemas..., aunque siempre confié en que los resolverías...

El avión se había puesto ya en marcha, Tripulaba Wilbur Sand.

Los sacos del asalto a la furgoneta del Banco iban detrás de los asientos del aparato.

Wilbur conducía con la mirada grave, preocupada,

Max también estaba preocupado. Por eso preguntó:

—Wilbur... ¿Y cómo sabías que en ese atraco iba a tomar parte yo?

Tras un silencio, Wilbur murmuró:

—Yo sé muchas cosas, Max... Sé muchas cosas.

CAPÍTULO VIII

UN taxi condujo a los dos hombres frente a una pequeña villa en la costa de Cornwall.

Desde la suave colina podía verse perfectamente la playa de fácil acceso mediante un corto tramo de escaleras.

Era un magnífico lugar para el descanso absoluto, sobre todo en aquella época del año carente de turistas.

—Es aquí —dijo Wilbur avanzando con la llave de la casa en la mano.

Abrió la puerta y dejó pasar a Max.

Era como un bungalow, disponía de un par de habitaciones y servicios.

El gran ventanal era un mirador excelente cara al Atlántico.

—Buen sitio, ¿eh? —sonrió Wilbur cerrando la puerta de entrada.

Sacó una petaca metálica del bolsillo y se la ofreció a Max.

—Toma un trago. Es sólo para casos de emergencia.

—¿Qué es?

—Pruébalo.

Él bebió primero y murmuró:

—No es muy elegante, pero... cuando se necesita sabe bien un sorbo.

Max comprobó después que se trataba de un excelente whisky. Y tras devolver la botella-petaca a su dueño, murmuró:

—El dinero...

—Olvídate ahora del dinero, Max. Está en mi avión. Yo haré que vuelva al Banco. Ojalá todo fuera tan fácil como esto...

Max asintió:

—Faltan dos días. Debería estar en Los Ángeles. Pero la culpa no es mía. Debiste haber tomado más precauciones... con respecto a Emerson.

—¡Todo fue fortuito, Max! Yo no podía prever lo ocurrido... Oficialmente Emerson y yo no teníamos la menor relación. Le encargué que buscara a un hombre y tuvo la desgracia de elegir mal... No sé lo que pudo pasar, pero...

—Es fácil de adivinar —cortó Max—, Eligió a Meyland, le explicó el plan y discutieron. Meyland prefería el dinero contante y sonante, en la mano, en vez de joyas. Así que... mató a Emerson y me esperó a mí para que les preparara un golpe perfecto. La única forma de librarme de ellos era seguirles la corriente. Me vigilaban de día y de noche y si hubiese intentado huir me habrían matado.

Tras un silencio, Wilbur murmuró apesadumbrado, vencido:

—Preparé muy bien todo esto. Era necesario la máxima discreción... A veces tengo la sensación de que mil ojos me están vigilando. Tomo mis precauciones. He cambiado de oficina y me he asegurado de que no tengo micrófonos ocultos, pero no sé...

—¿Crees que alguien sabe lo que te propones? —preguntó Max encendiendo un pitillo.

—No. Es imposible. No pueden saberlo. Creo que es lo más perfecto que he organizado en mi vida. Si no hubiese sido por esa maldita coincidencia... ¡Ahora estarías ya en Los Ángeles!

—Tranquilo, Wilbur. No se ha perdido nada. Puedo tomar un avión esta misma noche. Sólo estamos a jueves; Lo único que falta es encontrar una persona que pueda ayudarme.

—Tienen que ser dos.

—Lo he estado pensando. Con una bastará, Wilbur. Alterando un poco los planes, pero puede salir.

—No se pueden correr riesgos en esto, Max. Si algo fallara sospecharían... ¿No comprendes?

—Tú confías en mí, ¿verdad?

—¿Por qué crees que te llamé?

—Bien... Entonces déjame hacerlo a mi modo. Sólo necesito a una persona, una sola persona y tendrás... “esas joyas”.

—No bromees, Max...

—No bromeo, Wilbur. Te lo aseguro. Se puede hacer. He tenido

tiempo para pensar en estos últimos días.

—Bien... En este caso... ¿Sugieres a alguien?

—¿Qué tal el negro?

—¿Qué negro?

—El que se puso en contacto conmigo en París.

—¡Ah! ¿Te refieres a Sam Lydeker?

—Él no me dio ese nombre.

—Es lógico. Utiliza varios. Precaución.

—Confías en él, ¿no?

—Claro que confío, sólo que... dudo que entienda en electrónica. Recuerda que hay que cortar la luz e interferir la televisión.

—Eso es fácil.

—Debe parecer una avería real.

—Repito que es fácil. Tengo algunas nociones. No te preocupes. Llama al negro. Dale el mensaje por el conducto que quieras, pero si es posible que esté aquí esta misma noche.

Wilbur dudó unos instantes, pero al fin, murmuró:

—Está bien. Si crees que puede serte útil... le llamaré.

En aquel instante alguien hurgaba la puerta. Wilbur se volvió hacia la entrada y Max sacó el arma del policía que aún llevaba consigo.

Wilbur le indicó con la mano que tuviera calma.

Una llave giraba en la cerradura. Luego la puerta comenzó a abrirse.

Wilbur sonrió al reconocer a la visitante. Max no pudo reprimir su sorpresa, pero supo disimular.

Quien acababa de entrar era Marie.

Sí. Marie. La novia de Meyland. La mujer que le había advertido a él a última hora que tuviera cuidado.

—Lo siento —se disculpó a modo de saludo la muchacha—. No he podido venir antes.

—Me gustaría que alguien me contara el argumento de todo esto —dijo Max guardándose el arma.

CAPÍTULO IX

—SÍ, MAX, es lógico que estés sorprendido —dijo Wilbur a modo de explicación—. Marie es mi secretaria.

—No se lo podía decir allí, Max —añadió ella por su cuenta.

—¿Y cómo conoció a Meyland? —preguntó Max sin moverse del sofá donde se hallaba sentado.

—Casualmente. Yo era el enlace entre Emerson y el señor Sand. Cuando Emerson trajo a Meyland me lo presentó.

—¿Y cuándo se enteró de su muerte?

—Poco antes de que usted llegara, Max. Quería irme para advertir al señor Sand, pero Meyland insistió en que me quedara. Me contó su plan y pensé que podría ser muy interesante saber lo que se proponía Meyland exactamente.

Max la miró fijamente. Ella concluyó.

—No tuve ocasión de avisarle. De cualquier modo usted hizo bien en seguir el juego.

Wilbur intervino.

—Ella me advirtió en cuanto pudo, pero yo no podía hacer nada para impedirlo.

—¿No? —sonrió dubitativo Max.

—Te lo advertí, amigo mío. En este trabajo estarás solo. Completamente solo. Si queremos que todo salga bien no puedes tener ninguna clase de protección. La más pequeña sospecha del bando contrario lo echaría todo a perder.

—Creí que solamente éramos tú, Emerson, los que estábamos enterados.

—Y así es, Max —repuso Wilbur.

Max se volvió hacia la muchacha con mirada inquisitiva, pero nuevamente fue Wilbur Sand quien declaró:

—Ella tampoco sabe nada exactamente.

—Sé únicamente que el señor Sand está muy ocupado en la última misión, pero ignoro de qué se trata. En cualquier caso, todas las misiones son importantes.

—Bien, no perdamos más tiempo. Avisa al negro —repuso Max tras un silencio.

Wilbur se dirigió hacia el teléfono y marcó un número. Max le oyó pedir:

—Quiero hablar con París. No... No, marque simplemente el número que le indicaré...

Marie se aproximó a Max.

—Iré a comprar alguna cosa para la cena. ¿Le apetece algo? Aquí no tengo nada.

Wilbur terminó de dar las señas a la telefonista y dirigiéndose a Max aclaró:

—La casa es de la señorita Standler. Nos la cedió para que pudieras tener un refugio seguro. Ahora oficialmente eres un perseguido de la justicia.

—Bueno, no será la primera vez —dijo Max y añadió dirigiéndose a la joven—. Esto es muy tranquilo. En cuanto a la cena no se preocupe. Iremos a cenar en cualquier parte.

—Nada de eso, Max. Podrían reconocerte. Tendré que facilitarte un pasaporte diferente, tendrás que desfigurar un poco tu rostro para que no tengas complicaciones en el aeropuerto. Una vez llegues a... tu destino puedes hacer lo que quieras.

Se volvió hacia el teléfono y habló unos instantes con la operadora, luego de colgar, murmuró:

—Sam no está. He pedido que insistan dentro de un cuarto de hora... Es extraño, porque... —consultó el reloj—, debería estar en su casa. Son las horas convenidas para los mensajes.

—Hablen de sus cosas mientras voy a comprar algo —adujo la muchacha y les dejó solos.

—Es una muchacha muy discreta —comentó Wilbur a solas con Max.

—Y muy bonita. ¿Es de fiar?

—Es recomendada de “arriba”.

—Podría ser una espía —sonrió Max.

—Ya he tomado mis medidas. En varios asuntos llevo un doble control. Mi trabajo es muy delicado, Max. La he puesto a prueba. Estoy convencido de que no hay peligro. No obstante sabe muy poco. Sólo asuntos de trámite.

—Pero me conoce a mí.

—No sabe nada de la misión, ni siquiera dónde vas a realizarla. Tampoco hace preguntas. Es la secretaria perfecta. Tú mismo la tomaste por una chica de la banda, ¿no?

—No me detuve demasiado a pensar. Demasiado tenía con ver de encontrar el modo de salir del atolladero.

—Perdona. Insistiré otra vez —y Wilbur fue hacia el teléfono, para regresar después de haber estado hablando nuevamente con la operadora.

—Es raro. Sam sigue sin contestar.

Bien es verdad que Wilbur Sand ignoraba lo que había ocurrido en París, justo poco después de que Max dejara el sórdido apartamento del negro...

* * *

Retrocediendo a la noche en que tras la fingida pelea en el Du Morier Bar, de París, Max fue a visitar al negro, después, cuando el primero abandonó la casa de Sam, y apenas había doblado la esquina, un coche se detuvo frente a la misma casa. Tres hombres fueron a visitar al negro.

La conversación que tuvieron careció de testigos. Sólo los protagonistas conocían la verdad.

Hubo lucha. El negro demostró que sabía manejar los puños y su pegada era la de un buen peso pesado, pero los otros eran tres y consiguieron reducirle.

El negro comprendió que la única posibilidad era huir y trató de hacerlo por la ventana.

—¡No! —gritó alguien.

El negro se dejó caer a la calle cuando desde la ventana uno de sus visitantes disparó, acaso sólo para amedrentarle. El negro, pensando únicamente en poner tierra de por medio, cruzó la calle sin fijarse en el coche que se le venía encima.

Alguien lanzó un grito.

Una voz pronunció una tardía advertencia:

—¡Cuidado, el coche!

Un frenazo rápido que, sin embargo, no pudo impedir lo inevitable.

El negro saltó por los aires empujado por el vehículo y fue a chocar contra el suelo. En seguida alrededor suyo el suelo se tiñó de rojo y la sangre se filtró entre las juntas de los adoquines.

Uno de los hombres que habían sostenido la pelea con el negro se abrió paso entre la gente que había salido de todas partes y se inclinó sobre él.

—Llamen a una ambulancia. Este hombre está muy grave —dijo.

Llegó la ambulancia. Llevaron al negro al hospital. Eso había sido la noche del domingo anterior. El herido falleció al cabo de tres días. El miércoles.

Wilbur Sand todavía no conocía la noticia.

* * *

En el bungalow de Cornwall, propiedad de Marie Standler, Wilbur colgó el teléfono después de haber intentado por cuarta vez la imposible comunicación. Estaba lívido.

—Cielos... Sam ha muerto —dijo.

—¿Cómo?

—No sé. He hablado con otra persona.

—¿Asesinado? —preguntó Max.

—No. Fue un accidente. Un accidente casual, pero debo cerciorarme bien.

—¿No tienes más contactos en París?

—Claro, los normales. Sam era un asunto especial. Era mi contacto personal. Formaba parte de mi equipo. Tal como se han puesto las cosas era necesario, Max. Uno no puede fiarse de nadie.

—Las cosas se complican. Debieron avisarte.

—No podían, Max. Nadie sabía que Sam trabajaba para mí. Igual que tú. ¿Comprendes?

—Sí, claro...

Marie regresó con una bolsa llena de comida.

—Espero que les guste lo que he comprado.

Ninguno de los dos hombres contestó.

—Ya no hay tiempo para buscar a nadie más... ¡Y necesito que ese trabajo se realice!

Por una vez Wilbur Sand perdió su flema. Alzó la voz. Parecía

atrapado, impotente ante un asunto de la mayor trascendencia... El robo de unas joyas valoradas en tres millones de libras esterlinas.

—Se hará, Wilbur.

—¿Cómo? Tú solo no puedes.

Max quedó mirando a Marie que estaba dejando las cosas que había comprado sobre la mesa.

—¿Eh? —inquirió Wilbur.

—No hay mucho donde elegir. Y tú mismo has dicho que era una muchacha eficiente.

Marie se volvió y miró alternativamente a los dos hombres.

CAPÍTULO X

—¡OH, no, no! Una mujer... No es su especialidad... —había empezado Wilbur Sand.

Ella estaba decidida.

—Haré lo que sea, señor Sand, Yo misma me hubiese ofrecido. En realidad..., prefiero la vida activa.

—Esto no es un juego, Marie.

—Nunca acepté ese trabajo pensando en que fuera un juego, señor Sand.

—Dejémonos de hablar porque sí, Wilbur. El asunto es urgente. Déjame que yo ponga a Marie al corriente... Todo irá bien, y quizá sea un buen modo de pasar inadvertido, puesto que me buscan... Esperarán encontrar un hombre solo. Bien. Viajaremos como marido y mujer... Espero que esto no la moleste —dijo Max mirando a Marie.

—Por supuesto que no, Max —repuso ella.

—¡Adelante! —autorizó Wilbur—. Habla tú. Cuéntaselo todo. Yo me ocuparé de tu pasaporte... ¡Oh!, habrá que hacer fotografías, pero con otra cara...

—Yo tengo algún maquillaje —adujo Marie— y postizos, quizá Max pueda arreglarse con ello.

—Veamos.

Max acompañó a la muchacha al único dormitorio de que disponía el bungalow, luego salieron ambos. Él se había puesto unos apliques en el pelo y un poblado bigote. Llevaba también unas gafas de montura de concha de gruesos cristales.

—¿Está bien así? —inquirió.

Marie no pudo por menos que sonreír.

—No sabía que tuvieras tanta facilidad con los disfraces

—Marie me ha ayudado un poco.

—Tengo una cámara, señor Sand. Podemos sacarle las fotos aquí mismo.

—De acuerdo. ¿Las podrá revelar?

—Por supuesto.

—Bien, yo traeré lo que haga falta. Hasta luego, Max, díselo todo. ¿Eh? —y le guiñó un ojo.

Wilbur parecía más animado. “El plan”, podía seguir adelante.

Marie lanzó un suspiro:

—Está preocupado.

—El asunto es delicado.

—Lo supongo, pero por ética no puedo hacer preguntas.

—Pero está deseando intervenir. ¿No?

—Sí...

—Bien, para empezar creo que es una tontería que no nos tuteemos. Vamos a ser marido y mujer.

Ella sonrió.

—Bien, Max. Espero resultarte una buena colaboradora. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Primero preparar tu pasaporte. Tenemos que actuar en los Estados Unidos, California concretamente.

—Un poco lejos. ¿Y qué hay que obtener?

—Hemos de cometer un robo. Tres millones de libras en joyas.

—Interesante —sonrió ella.

—¿Has robado alguna vez?

—Que yo recuerde, no.

—¿Sufres amnesia?

—Seguro que no.

—Bien. ¿Conoces a un tipo forrado de millones llamado De Soto?

—No.

—Tiene un rancho al Sur de California, una especie de palacio fabuloso. ¿Tienes un proyector? Compré uno, pero se quedó allí...

—Sí, tengo uno.

—Te enseñaré los planos.

—¿Es a ese De Soto a quien tenemos que robar?

—Sí.

—¿Joyas precisamente?

—Sí.

Ella se encogió de hombros, pero se abstuvo de hacer ninguna pregunta. Fue Max quien cuando pasaba ya el primero de los planos que había fotografiado aclaró:

—En realidad las joyas son el pretexto. El señor De Soto en su bien custodiada caja fuerte guarda algo mucho más importante...

—Eso ya es más verosímil.

—Por supuesto no hay que tocar nada, simplemente fotografiarlo para que no se dé cuenta de que el verdadero motivo del asalto no son las joyas.

—¿Documentos? —preguntó la muchacha.

—Documentos muy importantes. Supersecretos.

Marie asintió esperando que Max continuara.

—¿Te estarás preguntando cómo un tipo por el simple hecho de ser millonario y ser además un VIP, pueda tener en su caja fuerte documentos que pueden atentar contra la seguridad de un país y tal vez de todo el mundo occidental?

—Sí, es un detalle curioso, pero en esta profesión..., suceden cosas que parecen inverosímiles. Una se acostumbra a todo.

—Esto es serio, Marie. Los documentos que De Soto guarda en su caja fuerte fueron extraídos del Pentágono.

—Hummm.

—Se sospecha de un pez gordo y tiene que serlo para tener acceso a unos archivos supersecretos.

—¿Y ese pez gordo... los ha entregado a De Soto? ¿Con qué fin?

—Posiblemente el espía teme que pueda estar sometido a vigilancia o que su casa sea objeto de un registro y por, eso los ha entregado a De Soto. En realidad ambos son cómplices.

—¿Y qué piensan hacer con tales documentos?

—Alguien del tercer mundo va a hacer una visita a los Estados Unidos, en un sondeo para un posible acercamiento entre las dos naciones. En realidad esa persona tiene una doble misión. Ya me comprendes... De Soto, conocido por sus extravagancias y su afición a invitar a gente importante, sentará a su mesa a ese personaje del tercer mundo. Será una magnífica ocasión para entregarle esos documentos.

—Deben ser muy importantes.

—Según parece se trata del plan de ataque mejor elaborado para el caso de una rotura de hostilidades. Si los chinos consiguen ese plan dispondrán de un arma muy poderosa contra los Estados Unidos.

—¿Y qué le ocurre a la CIA? ¿No pueden solucionarlo ellos?

—Las cosas han llegado demasiado lejos. Hay infiltraciones, agentes dobles, por eso han recurrido a Wilbur Sand. Le han dado carta blanca. Todo se ha preparado aquí y en estos momentos sólo Wilbur, tú y yo sabemos el alcance de la misión.

—Comprendo.

—En realidad lo verdaderamente importante es conseguir la prueba... Será un arma eficaz para desenmascarar a De Soto, por eso es necesaria la máxima cautela.

—Pero esos planos...

—Planos se pueden hacer otros, pero sin traidores que estén al acecho. Si cae De Soto caerá su cómplice del Pentágono.

—Bien. Ahora hágame de mi misión concreta —pidió Marie.

—Sí. En realidad no será demasiado difícil. Los problemas los tendré yo con una caja fuerte. En principio el trabajo estaba calculado hacerlo en cinco minutos, pero será necesario emplear toda la noche. Verás. Mi idea es la siguiente...

CAPÍTULO XI

EL avión despegó enfilando la ruta del Atlántico en dirección a los Estados Unidos.

El cambio de horario entre la capital del Reino Unido y California concedía una cierta ventaja en la premura del tiempo.

Max, que no tuvo ninguna dificultad en pasar ante la policía con el falso pasaporte que le había facilitado Wilbur Sand —falso por el nombre, pero auténtico en lo demás—, viajaba al lado de Marie y aprovechaba las horas para repasar unos informes que también le había facilitado Wilbur y que estaban relacionados con cajas fuertes.

Wilbur, conocedor de la marca, de la caja que Max tenía que abrir, le había dado toda la información respecto al modelo de De Soto y las características así como detalles a tener en cuenta tanto para formar las combinaciones, como para abrir, etc. Era un informe muy reservado que a Max podía serle de gran utilidad.

—¿Te aclaras? —inquirió Marie.

—Bueno. La caja queda bloqueada por el sistema, pero una vea averiado éste puede ser abierta.

—¿Y para salir?

—Esto es lo más fácil. Por dentro se abre con una sencilla llave.

—¿Y la combinación?

—Puede formarse por tres sistemas distintos. Estoy calculando el número de combinaciones que pueden efectuarse.

—¿De cuánto tiempo dispondremos?

—Quisiera salir de la casa antes de que amaneciera. Yo calculo que algo más de cinco horas.

—¿Y si no tienes bastante?

—Seguiré allí, Marie. No saldré sin haber cumplido mi misión. Tú ya sabes lo que tienes que hacer.

—Pero... estarás completamente solo.

—No es la primera vez, Marie. En esta clase de trabajo uno siempre lo está. A veces es mejor; en cambio otras se tiene la suerte de disfrutar de una excelente compañía —y lo dijo mirándola significativamente.

Ella sonrió y susurró a su vez:

—Las personas más interesantes se conocen siempre en los momentos más críticos.

—¿Has conocido a muchos hombres interesantes?

—No —confesó ella—. En realidad es mi primera misión.

—Una misión voluntaria. Yo te metí en ella.

—¿Y tú? —inquirió Marie tras un silencio—. ¿Has conocido a muchas mujeres interesantes?

—Yo no puedo decir que sea ésta mi primera misión —sonrió él. El avión siguió su curso sin ninguna novedad.

Efectuaron el transbordo en la ciudad de Nueva York. Un vuelo doméstico les llevó hasta Los Ángeles.

Al pisar tierra californiana les quedaban algo más de veinticuatro horas para realizar la misión que les había llevado al continente americano.

Pasaron la aduana como un matrimonio en viaje turístico. Ella compró algunas revistas y Max adquirió un par de periódicos.

Un taxi los llevó al hotel cuyas habitaciones habían reservado de antemano.

En el mismo hotel Max adquirió más periódicos y seguidamente subieron a la habitación donde les condujo el mozo.

Después de dar la propina, Max cerró la puerta y desplegó los diarios.

—Veamos —murmuró.

En un par de periódicos se anunciaba la recepción que De Soto ofrecía en su residencia la noche del sábado. La siguiente. En otro lugar se destacaba la llegada del personaje chino a los Estados Unidos.

—Todo concuerda —murmuró—. Pero el chino no acudirá a casa de De Soto hasta pasado mañana. Es la fecha en la que recibirá

esa información vital que el "pájaro" guarda en su caja fuerte.

Ella no hizo el menor comentario. Estaba en pie, cerca de la cama. Miraba de forma inexpresiva a Max. Él sonrió.

—Ponte cómoda si quieres.

—Esta situación la he visto en muchas películas —comentó la muchacha.

Él se levantó. Se aproximó a ella y por un momento pareció que fuera a besarla. Marie no se movió. Se mostraba más bien fría, expectante.

—Casi nunca ocurren las cosas igual que en las películas —dijo él al fin.

Luego dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Voy al bar a tomar un whisky. Luego iremos a comer algo. ¿Te parece?

—Me cambiaré de ropa mientras —sonrió ella—. No es necesario que te vayas.

Abrió la maleta, sacó unas cosas y se dirigió hacia el baño. El amplió su sonrisa.

—De todos modos voy al bar.

Ella desapareció tras el baño. Max salió al corredor y caminó hacia el ascensor. La habitación estaba en el piso onceavo. Tomó el ascensor automático y pulsó el botón de la planta baja.

Marie salió del baño. Llevaba únicamente puesta la ropa interior imprescindible. Comprobó que se hallaba sola y llamó por teléfono.

Aguardó a que alguien tomara el auricular al otro lado del hilo.

—¿Eres tú? —preguntó.

Max estaba en el bar del hotel pidiendo un whisky.

CAPÍTULO XII

LA noche sirvió para que Max y Marie se conocieran mejor, luego repasaron el plan que debían llevar a cabo, por último descansaron.

A primeras horas de la tarde, con un automóvil de alquiler se dirigieron hacia su destino, enfilando una de las rutas que conducían a la baja California.

En la parte trasera del automóvil, viajaba un maletín con todo lo necesario para la operación que Marie debía llevar a cabo.

Al anochecer estaban ambos juntos al mar contemplando la incomparable puesta de sol.

Se besaron como dos tórtolos, hasta que Max, consciente del momento y de la hora, dio por terminado el idilio.

—Tenemos que irnos. Y lo siento.

—Sí. Creo que es mejor —asintió ella.

De nuevo en el coche enfilaron la carretera secundaria hasta llegar al desvío que conducía directamente a la mansión del señor De Soto.

—Primero la luz —dijo Max y al cabo de unos instantes dobló por un sendero hasta encontrar una casilla.

—Ahí está —añadió—: Espera cinco minutos. ¡Oh! La puerta... Yo la abriré.

Salió del coche y ella le imitó. Luego, provisto de una ganzúa se aproximó a la puerta de la casilla. La abrió con relativa facilidad.

Dentro estaba el transformador y los cables conectados para suministrar corriente a la casa.

—Cinco minutos —repitió él.

—Suerte —susurró ella.

—Suerte —repitió él.

Permanecieron inmóviles y mirándose mutuamente por espacio de medio minuto. Luego él regresó al sendero dejando el automóvil en el camino de la casilla.

Max echó a correr entre los setos del parque. La casa se levantaba a un par de cientos de metros.

La oscuridad era un magnífico aliado para su trabajo. Todo alrededor estaba en silencio.

Al aproximarse a la casa vio el pabellón que había estudiado una y otra vez en el plano. Se aproximó a él y se quedó junto a la puerta.

A través de una ventana pudo ver a un hombre observando los distintos aparatos. Cuatro, pantallas reflejaban el corredor, la puerta y el interior de la caja fuerte. Todo era tal y como se había estudiado en los papeles que le había proporcionado Wilbur Sand.

Buscó un lugar adecuado y provisto de una cuerda trepó hasta lo alto del pabellón. Recogió la cuerda y se dirigió hacia la antena del circuito cerrado de televisión.

Hizo unas manipulaciones y por fin dejó cerca de los cables una bola magnética a modo de interceptor. Acto seguido las pantallas se llenaron de rayas horizontales impidiendo la visión de la imagen.

El hombre encargado de vigilar comenzó a manipular inútilmente mientras Max recogía la cuerda y saltaba al suelo por el lado opuesto.

Consultó el reloj. Faltaban treinta segundos para que se produjera el apagón que esperaba y que debía realizar Marie.

El del pabellón llamó por teléfono para pedir ayuda.

—¡Eh, Chris! Algo ocurre con el circuito. Ven a echar un vistazo.

—¡Maldita sea! —repuso el hombre que dormía en el pabellón de los vigilantes.

La luz se apagó en aquellos instantes. El técnico masculló:

—¡Ah! Es una avería.

—Conecta la corriente de emergencia —repuso el del pabellón.

—Ya voy, ya voy... —adujo el otro.

Max estaba ya en uno de los laterales de la casa. Consiguió abrir una ventana con la técnica de un ratero profesional.

En dos minutos había conseguido penetrar en el interior de la mansión.

Su estilo de rancho californiano con regusto colonial quedaba totalmente borrado al pisar el interior. Bajo el techo de aquella casa todo respiraba un aire técnico, supermoderno, funcional.

Max se movió en la oscuridad, mientras de la biblioteca salía un hombre enfundado con un batín de seda y una linterna en la mano. Era De Soto. Maduro y elegante, bien cuidado físicamente, con el pelo cano que ennoblecía sus facciones.

De Soto tomó un teléfono interior y comunicó con alguien.

—¿Qué ocurre con la luz?

Max se había parapetado en un ángulo del gran salón. La oscuridad impedía que el dueño de la casa pudiera verle, pero el tiempo transcurría.

—Una avería, señor De Soto —replicó el del pabellón de las pantallas—. Chris ha ido a ver qué ocurre.

—Bien, arregladlo pronto —repuso De Soto.

—Sí, señor. Es cuestión de minutos.

De Soto regresó a la biblioteca y Max, tras consultar su reloj descendió hacia el subterráneo.

El llamado Chris se dirigía en un jeep hacia la casilla del transformador, de la que Marie acababa de salir para esconderse entre los setos.

Max llegó justo a la puerta de rejas del corto corredor que conducía a la caja fuerte de De Soto.

Chris llegó a la casilla y encontró cerrada la puerta. Miró alrededor como simple precaución y seguramente pensó que todo estaba en orden. Abrió la puerta y ayudado con una linterna empezó a buscar.

—Humm... —murmuró para sí.

Max cruzó la puerta de rejas, cerrando cuidadosamente tras de sí. Hasta aquel momento no había encontrado la menor dificultad.

Ahora tenía ante sí la puerta de la cámara acorazada. Allí comenzaban los problemas.

Sin ninguna clase de prisa comenzó a accionar la palanca para formar la combinación.

Chris manipulaba los aparatos para restablecer el circuito eléctrico de emergencia.

Entre los setos Marie observaba la iluminada casilla que seguía a oscuras.

Max continuaba manipulando para encontrar el inicio de una de las tres claves que le permitieran abrir la cámara.

Habían transcurrido diez minutos. Chris consiguió conectar la corriente supletoria y volvió la luz, pero ya no sonó ninguna alarma porque Max seguía frente a la puerta de la caja, lo suficiente lejos del campo de atracción. La única forma de que pudieran descubrirlo era la televisión y las pantallas seguían interceptadas.

Chris salió de la casilla y cerró con llave, para volver al jeep y regresar a la casa.

Poco después, el del pabellón que estaba al cuidado de las pantallas salió para decirle:

—Esto sigue sin funcionar. Yo no sé lo que ocurre.

—Será por culpa de la dinamo.

—Pero no se ve nada...

—¡Y qué diablos quieres que yo le haga!

—Ya sabes lo que tiene ordenado el jefe. Esto no puede parar ni un segundo.

—¡Estate tranquilo, hombre!

—Avisaré al señor De Soto. Tiene que saberlo.

—¡Maldita sea! Pasaremos la noche arreglando averías...

—De acuerdo, nos pagan para esto —repuso el otro y entró en la casilla y tomó el teléfono interior.

Max seguía luchando con la caja fuerte.

De Soto tomó el teléfono y escuchó lo que el encargado de las pantallas tenía que decirle.

—Hay que buscar esa avería —repuso De Soto y después de colgar fue hacia la mesa de su biblioteca, extrajo una “Parabellum”, la montó y se dirigió hacia la puerta que conducía al sótano.

Max seguía frente a la caja. Había escuchado el primer chasquido.

—Parece que tengo suerte —murmuró para sí.

De Soto había comenzado a descender la escalera.

El de las pantallas seguía viendo rayas horizontales en vez de la nítida imagen que normalmente permitía ver el camino hacia la cámara.

Max, ajeno a lo que ocurría a su espalda, manipulaba en la puerta.

De Soto bajaba los últimos peldaños. Había dejado la puerta

abierta de la planta superior y a través de ella Max escuchó el zumbido del teléfono.

CAPÍTULO XIII

UN par de peldaños más y a De Soto le hubiese bastado para descubrir al “ladrón”.

El teléfono le detuvo irnos instantes, pero decidió seguir su camino.

Se aproximó a la puerta de rejas y miró a través de ella.

¡No había nadie!

Sujetó con una mano un barrote y no halló motivos para sospechar lo que ocurría.

Max, al oír el timbre del teléfono con nitidez, sospechó que alguien había abierto la puerta superior y corrió a pegarse contra la pared del ángulo que se hallaba junto al corredor justo donde se ensanchaba. Des de la puerta nadie podía verle, excepto que cruzara el umbral.

Es lo que De Soto iba a hacer porque en aquel instante había introducido la llave en la puerta de rejas.

El teléfono interior seguía sonando. Era el del pabellón de las pantallas quien le estaba llamando de nuevo.

De Soto giró la llave en la cerradura y abrió. Apenas lo hubo hecho sonó la alarma a base de una sirena continua.

La alarma resonó por toda la casa. Los guardias especiales de De Soto se levantaron de su dormitorio en el pabellón y tomaron sus armas. En total eran media docena de hombres.

De Soto cerró enseguida y volvió a subir a la planta baja cuando alguien aporreaba la puerta.

Abrió el propio De Soto.

—No ocurre nada. ¡No ocurre nada! Todo funciona

perfectamente. Voy a llamar a la policía para que no intervenga...

Max lanzó un suspiro y volvió a su tarea. Por un instante creyó que iban a descubrirle.

De Soto hablaba ya con el puesto del sheriff.

—Es una falsa alarma. No es necesario que intervengan. Hemos sufrido una avería y quise hacer una comprobación personalmente.

—Muy bien, señor De Soto. Nos quita un peso de encima —repuso su interlocutor.

El del pabellón apareció en el umbral de la puerta de la casa.

—Señor... Llamé para decirle que no hay manera de arreglar esto, quizá sea algo de la antena.

—¡Está bien, arregladlo y dejaos ya de estupideces! La alarma funciona. ¿Os habéis enterado, no? De todos modos habéis sido rápidos en salir. Bien, muchachos, a dormir. No creo que tengamos motivos de preocuparnos... Aunque..., por si acaso, reforzad la guardia. ¿Eh? Buenas noches...

De Soto cerró, de nuevo la puerta.

Max llevaba ya media hora luchando con la caja. Todo volvía de nuevo a la normalidad. Todo excepto la imagen de la pantalla, pero su eficiente empleado había tomado una escalera de mano y subía hacia la azotea del pabellón para comprobar personalmente la antena.

Max continuaba buscando la segunda serie de números que encajaran.

Entre los setos y frente a la casilla del transformador eléctrico, Marie consultaba el reloj. Las manecillas de los segundos parecían haberse detenido.

El de la televisión estaba en la azotea comprobando los cables. En apariencia todo estaba en orden.

Según como hubiera mirado hubiese podido observar el destello de la pequeña bolita metálica causa de la interferencia, tanto es así que al andar en cuclillas y de forma fortuita, rozó la bola con el zapato y ésta se desplazó ligeramente.

En las pantallas las rayas horizontales desaparecieron fugazmente y en uno de los cuatro aparatos televisores pudo verse la figura de Max manipulando en la caja.

En seguida volvieron las rayas de forma intermitente. Max aparecía y desaparecía súbitamente.

El hombre de la azotea continuaba buscando.

Max seguía su trabajo.

Un nuevo movimiento del encargado de las pantallas desplazó nuevamente la bola magnética y las rayas volvieron a aparecer en forma ininterrumpida.

Max había ganado un importante round sin enterarse, pero el peligro de ser descubierto persistía...

* * *

Dos horas más tarde...

Max sudaba, había conseguido dar con la segunda clave. Le faltaba la tercera serie todavía y cada segundo que transcurría podía ser fatal.

De Soto decidió dejar de leer e irse a acostar. Eran las 2,30 de la madrugada. Avanzó hacia su habitación, pero desandando el camino se dirigió al teléfono supletorio y llamó.

El del pabellón de los receptores televisivos se había dado por vencido y volvía a estar en su puesto manipulando para tratar de devolver la imagen.

Cuando sonó el teléfono lo cogió y contestó a la voz de su jefe.

—¿Sí, señor De Soto?

—¿Algo nuevo?

—Esto sigue sin funcionar.

—¿Qué hay de la luz?

—Funciona la de emergencia.

—Bien. Voy a dormir. Despertadme si ocurre algo anormal.

—Sí, señor, descuide —Colgó.

De Soto echó un vistazo desde lo alto y junto a la puerta que descendía al sótano. Dudó un momento y decidió dirigirse a su dormitorio.

Su mujer parecía dormir profundamente.

Chris que seguía despierto junto a dos guardas que oteaban perezosamente la explanada murmuró:

—Voy a echar un vistazo al transformador.

—¡Vaya nohecita!

—Y la que aguarda. Mañana tenemos el chino de invitado. Refuerzos especiales.

El otro lanzó un gruñido. Chris montó en el jeep para dirigirse a la casilla de la corriente.

En aquel instante Max había dado con el tercer y último elemento de la combinación.

¡Dos horas cuarenta y cinco minutos! Constituía todo un récord.

Un récord tal vez tardío porque precisaba que la luz se apagara de nuevo para poder abrir la caja sin que el circuito de seguridad que la mantenía bloqueada sonase.

Tomó un pequeño transmisor del tamaño de un mechero y dio la señal.

Marie desde los setos la recogió.

Bastaba esto para que la muchacha intentase abrir de nuevo la casilla y procurase una nueva avería. Cuando la luz se apagara Max sabría que podía abrir la puerta de la cámara acorazada.

Marie salió de su escondite, cuando Chris en el jeep se aproximaba a la casilla.

La muchacha comenzó a forcejear en la puerta. Chris estaba ya a menos de treinta metros...

CAPÍTULO XIV

CUANDO el jeep dio la vuelta para internarse en el breve camino de la casilla, los focos barrieron con sus haces de luz el lugar.

Marie tuvo el tiempo justo de echarse al suelo y rodar sobre sí misma para situarse en la parte lateral de la casilla.

Chris saltó del jeep y se dirigió hacia la puerta que seguía cerrada. La abrió. Marie asomó ligeramente y vio luz en la casilla, pero siguió en el suelo, sin moverse, sin atreverse a respirar.

Max esperaba el apagón para poder abrir la puerta que continuaba bloqueada.

Chris manipuló en los elementos de la maquinaria haciendo las comprobaciones pertinentes.

Uno de los guardas de la casa se aproximó de nuevo al pabellón donde estaba el encargado de la televisión al que preguntó:

—¿Qué opinas de todo esto?

—No sé, Joe, pero no me gusta. Nunca había sucedido...

—¡Bah! Esta casa está más controlada que el Pentágono.

—La avería no es por la luz. Es como una interferencia... He estado comprobando todo. Cambié las bujías y todo sigue igual. No es un fallo de corriente. Voy a subir otra vez... Tiene que haber algo.

El guarda se encogió de hombros, mientras el encargado de las pantallas trepaba nuevamente por la escalera de mano.

Max seguía aguardando junto a la puerta. La luz del corredor no se apagaba y por lo tanto tenía que continuar esperando.

El de las pantallas, en la azotea de la casilla buscaba por todos los ángulos.

La nueva posición de la luna en el transcurso de las tres últimas horas reflejaba de modo ostensible en la bolita productora de la interferencia.

El hombre iba a abandonar su puesto cuando el reflejo de la bolita le hizo arquear las cejas.

—¿Qué demonios...? —empezó.

Se aproximó y tomó la bolita entre sus manos. Instantáneamente la pantalla cuyo enfoque correspondía a la puerta de la cámara cesó de recibir la interferencia. Tras algunos balbuceos desaparecieron por completo las rayas horizontales y la figura de Max apareció en la pantalla.

El de la azotea contemplaba la bolita y se preguntaba:

—¿Cómo ha llegado esto aquí?

Lo examinó por espacio de unos momentos y enseguida descendió.

Tan pronto como penetrara en el pabellón podría ver a Max que continuaba esperando.

También esperaba Marie a que Chris saliera de la casilla del transformador.

El de las pantallas llegó abajo y continuó examinando la bolita.

—Es curioso. Diría que...

Se dirigía hacia la puerta.

Chris salió de la casilla en aquellos instantes. Marie lanzó un suspiro al verle que se alejaba sin cerrar con llave la puerta.

El de los televisores iba a entrar sin dejar de examinar la bolita magnética cuando el guarda le llamó:

—¡Eh, Burt! ¿Has encontrado algo?

—Aún no lo sé.

Marie estaba ya dentro de la casilla y manipulaba en el transformador.

—Un polo magnético es suficiente para descontrolar una antena, según se coloque... —decía el llamado Burt encargado de las pantallas.

El guarda se encogió de hombros. Burt entró en la casilla y se dirigió hacia las pantallas.

Era el instante en que la luz se apagó.

—¡Maldita sea! —rugió Burt.

Marie había llegado a tiempo. Max abrió rápidamente la puerta

de la cámara y se coló al interior.

En el receptor de la muchacha sonó de nuevo un pitido y Marie volvió a dar la luz.

Las pantallas se veían ahora perfectamente, pero sin detectar nada especial. Max estaba ya en el interior de la cámara, un espacio de un par de metros de lado. Cuatro metros cuadrados en conjunto y un departamento interior que contenía las joyas y algo más...

Burt estaba contento.

—Bueno. Esto ya funciona —dijo a Chris apenas éste hubo regresado de la casilla y le mostró la bola.

—¿Qué es esto?

—No lo sé, pero sin duda producía la interferencia.

Chris dudó un instante y se dirigió a uno de los guardas:

—Muchachos. Hay que dar una batida. Es simple precaución.

Burt inquirió:

—¿Tú crees que...?

—Hay que asegurarse, muchacho. Tú lo dijiste antes. Nos pagan para esto.

Max había sacado una bolsa de plástico que desplegó y colocó en ella las joyas que extrajo de la caja. La dejó en el suelo y enseguida fijó su atención en un dossier que abrió rápidamente.

Allí estaba el motivo de su arriesgada misión.

Un sobre “Top Secret”.

Dentro del sobre media decena de folios escritos y otros tantos con planos y esquemas.

Su diminuta máquina de fotografiar comenzó a trabajar deprisa. Dos fotografías de cada uno de los folios.

Después dejó nuevamente los papeles en el dossier. Había utilizado guantes para hacerlo, no dejó huellas ni borró las que pudieran estar en la carpeta. El trabajo era perfecto. Pero... ¿y la huida?

Max ignoraba que el televisor seguía funcionando.

Max ignoraba que Burt, el encargado del circuito cerrado de televisión, le estaba observando a través de la pantalla.

Le observaba incrédulo porque no comprendía cómo alguien había podido colarse.

La totalidad de los guardas estaban a punto.

Chris llamó a De Soto. El reloj señalaba las 3,35 de la

madrugada.

De Soto fue informado de la presencia del ladrón en el interior de su caja fuerte.

Max, sonriente, ajeno al peligro, pulsó el diminuto botón de su transmisor.

De Soto con el batín sobre su pijama y una “Parabellum” en la diestra ordenó:

—Rodeen la casa. No debe escapar. ¡Chris! Ve a la casilla de la luz, seguramente habrá alguien allí. Esto no puede hacerse solo.

Chris tomó el jeep para dirigirse a descubrir al cómplice de Max. Le acompañó otro guarda.

En poco tiempo Max y Marie iban a ser apresados.

CAPÍTULO XV

MAX pulsó el transmisor para advertir a Marie que volviese a cortar la luz.

La muchacha, que no se había movido de la casilla, obedeció la orden a tiempo de ver los faros del jeep aproximarse.

Max tenía la pequeña ventaja que suponía el que su imagen se hubiese borrado de la pantalla a consecuencia del nuevo corte de fluido provocado.

—¡Señor De Soto! La luz, ha vuelto a apagarse —exclamó Burt saliendo del pabellón donde las pantallas televisoras se habían oscurecido.

Max abrió la puerta de la cámara para cerrarla nuevamente y correr hacia el corredor. Abrió también la puerta de rejas y subió cautelosamente la escalera.

Marie entretanto había huido de la casilla yendo hacia el automóvil con el que habían llegado a la casa.

Chris, con una seña indicó al otro que cuidara de la casilla, mientras él daba una batida por entre los setos.

Al tropezar con algo, Marie produjo un ruido delatando el lugar donde se encontraba:

—¡Por allí! —dijo el compañero de Chris.

La muchacha había alcanzado ya el coche y subió rápidamente y lo puso en marcha.

—¡Intenta escapar! —gritó Chris—. De prisa. Da la luz, yo le seguiré.

El compañero de Chris conectó nuevamente los cables, mientras Marie pisaba a fondo el acelerador tratando de ganar terreno al jeep

que acababa de ponerse en marcha para seguirla.

Max, en la casa, cerca ya de la puerta, interrumpió sus pasos. La vuelta de la luz sin que él lo hubiese ordenado sólo podía significar peligro. Estaba seguro de que algo sucedía, y se deslizó hacia una de las ventanas, pegándose a la pared para mirar. Luego estiró la cabeza para otear el exterior. En apariencia todo respiraba absoluta calma, pero los hombres estaban allí, aguardándole, armados. Incluso el propio De Soto.

Max corrió, siempre con el mismo sigilo, hacia una de las ventanas laterales con el propósito de utilizarla para saltar al exterior.

Levantó el cristal con cuidado y pasó una pierna, quedando unos momentos cabalgando sobre el alféizar.

Miró a derecha e izquierda. El silencio continuaba siendo absoluto.

Tenía en la mano zurda, bien aferrada, la bolsa de plástico con las joyas. La derecha la mantenía libre por si tenía que utilizar un arma para abrirse paso.

Saltó al fin al otro lado y entonces escuchó la voz. Procedía de los setos cercanos a aquella parte.

—No se mueva. Le estamos encañonando.

Instintivamente metió la mano derecha en el bolsillo, pero de la parte delantera de la casa sonó la segunda de las voces:

—¡Quieto!

Miró hacia arriba presintiendo una nueva amenaza y vio que sobre la azotea del pabellón, se recortaba contra el cielo la silueta de un tercer guarda.

Sacó lentamente la mano del bolsillo, ocultando como pudo la diminuta cámara fotográfica con la que había obtenido las fotografías de los documentos.

¡Al menos tenía que salvar aquello!

No tenía otra opción que un intento desesperado y jugándose la vida arrojó la bolsa de las joyas contra el individuo que había salido de los setos al tiempo que echaba a correr hacia el final de la casa.

—¡Quieto! —espetó una voz y enseguida sonaron los disparos. Es posible que no intentaran matarle, pero Max era consciente de que podían herirle.

No obstante, aún dio un par de zancadas más. Cerca tenía los

parterres con los setos que adornaban el césped que bordeaba la piscina.

Se echó al suelo como si pretendiera esquivar las balas, pero en realidad lo que hizo fue dejar caer la diminuta máquina fotográfica en el seto. Luego permaneció inmóvil.

Los otros no tardaron en llegar. Pronto estuvo rodeado.

—No intente ninguna otra tontería. ¡Por su bien! —le aconsejó una voz.

Poco después estaba en presencia del De Soto.

Las joyas, con la bolsa de plástico, estaban sobre la mesa del despacho del dueño de la casa. Max sentía a su espalda la presencia de los guardianes y la correspondiente amenaza.

—Quédate tú —dijo De Soto dirigiéndose a un guarda concreto—. Los demás no os necesito de momento.

De Soto, ordenó cerrar la puerta y miró atentamente a Max.

—Conque un ladrón de joyas, ¿eh?

Max no replicó. Pensaba en la suerte que había podido correr su compañera.

CAPÍTULO XVI

MARIE había conseguido una notable ventaja gracias a la mayor velocidad de su coche, pero más que nada por su rara habilidad en manejar el vehículo.

Dejó la ruta principal y se adentró por los vericuetos que conducían al acantilado. Por los recodos quedaba perfectamente camuflada, por ello tuvo una idea que no vaciló en poner en práctica.

Se aproximó al precipicio, detuvo el coche, para salir precipitadamente después de haber soltado el freno.

Corrió hacia atrás y comenzó a empujar, mientras a su espalda percibía claramente el rugir del jeep que se aproximaba.

Le costaba conseguir que el auto se deslizara y el jeep estaba ya muy cerca.

Por fin el coche comenzó a correr. Marie empujó con más fuerza y luego lo soltó.

Corrió enseguida a ocultarse entre las rocas, mientras el vehículo se precipitaba al vacío, casi en el momento en que hacía su aparición el jeep conducido por Chris.

Ella seguía inmóvil, asomando ligeramente. La oscuridad era una buena aliada.

Chris asomó por el acantilado y pudo ver al fondo el automóvil convertido prácticamente en un montón de chatarra.

Las olas encrespadas barrían la estrecha y rocosa rada natural, alcanzando parte del vehículo que parecía medio hundido en la parte arenosa.

Chris volvió al vehículo y conectó una radio para informar:

—El coche que seguía se ha despeñado por el acantilado. Ignoro quién lo conducía. ¿Por allí todo bien?

El que recibió el mensaje era el propio De Soto que seguía en su despacho, ante Max.

—Sí, Chris. Tenemos al ladrón. El mismo nos dirá quién era su cómplice. Tú puedes regresar.

Y volviéndose hacia Max inquirió:

—Bueno. Ya lo has oído. Tu cómplice ha muerto.

Max ni siquiera pestañeó.

De Soto insistió:

—¿Quién era y cómo se llamaba? ¿De dónde veníais los dos?

—Sus joyas son famosas, señor De Soto, no le extrañe que despierten la codicia.

—Tú no eres americano, amigo. Eso se nota enseguida. ¿Quién eres y qué buscas?

—¿Qué quiere que busque? Falló el golpe: ¿Qué desea de mí ahora? Ya he perdido a mi compañero.

—¿Pretendes enternecerme? ¡Vamos! Vacíate los bolsillos. Y después desnúdате... Si no lo haces por las buenas, llamaré a mis hombres.

—No se enfurezca, amigo. Haré lo que usted me pide. Estoy en sus manos... —y comenzó a depositar sus objetos personales sobre la mesa, luego parsimoniosamente se fue quitando la ropa: El jersey de cuello de cisne, la camiseta, zapatos, calcetines, pantalones...

—¡Todo! —recalcó De Soto.

* * *

Amanecía cuando le devolvieron la ropa para que se vistiera. Todo había sido concienzudamente registrado. Max pudo darse perfecta cuenta de ello, pero no dijo nada. Si De Soto sospechaba algo de la verdad sobre aquel robo, carecía de pruebas.

Cuando Max empezaba a vestirse vio entrar a tres de los guardas. Parecían los más fuertes. Un cuarto le mantenía encañonado, los otros se le acercaron. Comprendió lo que iba a ocurrir, pero no le fue posible evitarlo. Recibió una patada al costado y cuando quiso esquivar, un puño chocó contra su rostro derribándole contra el suelo.

Se levantó intentando esquivar la agresión del tercer enemigo, pero éste le empujó con la cabeza derribándole nuevamente. Antes

de que pudiera moverse, dos pares de manos le sujetaron levantándole casi en vilo. Manteniéndolo sujeto consiguieron darle por dos veces en el vientre y estómago consecutivamente.

De Soto pasó a la estancia y observó el rostro de Max, sangrando. Empezaba a sentir el efecto demoledor de aquellos golpes:

—¿Quién eres? ¿Dime quién eres y de dónde sacaste la información de mi cámara?

Max ideó rápidamente una mentira:

—Mi... cómplice. Mi amigo... el que se ha matado. Él lo sabía.

Le golpearon de nuevo como si hubiesen descubierto que aquello era falso.

—¿Y quién era tu amigo? —preguntó De Soto.

—Se llamaba Smith... Clem Smith—siguió mintiendo y ello le valió un par de golpes en el bajo vientre.

Max lanzó una exclamación y protestó:

—Déjenme..., entréguenme a la policía, pero no sigan pegándome.

—¡Dadle más fuerte, hasta que cuente toda la verdad! —ordenó De Soto.

—Soy Steve Williams... —adujo Max dando el nombre que figuraba en su pasaporte y que también había sacado con sus cosas.

—Ese pasaporte no es el tuyo... A menos que te hayas cambiado el rostro.

—Es lo que hice —atajó Max viendo una oportunidad para contar algo más verosímil—. La policía inglesa me perseguía... Tuve que cambiar de nombre. El verdadero es Max Morlan...

La respuesta fue otro golpe, esta vez en el rostro.

—¡Basta ya! Me estoy cansando —rugió Max. Había intentado reunir fuerzas y contrajo los músculos consiguiendo que uno de los que le tenían sujeto aflojara la presión. De un tirón se vio libre de un lado y trató de golpearle, pero le pegaron por detrás con algo duro y perdió el sentido cayendo de bruces sobre la mullida alfombra del despacho.

—¿Qué hacemos? —inquirió Chris que parecía ser el mayor en ascendencia después del propio De Soto.

Este quedó pensativo:

—¿Quiere que llame a la policía?

—No, no. Todavía no. Primero hay que sacarle la verdad. Como sea..., aunque tenga que arrancarle la piel a tiras.

CAPÍTULO XVII

LO habían metido en el sótano, junto a la bodega. Le vigilaba un solo guarda y él seguía inconsciente, aunque lentamente comenzó a abrir los ojos. Ignoraba el tiempo que había permanecido inconsciente y ahora al moverse sentía el dolor de las magulladuras que tenía en todo el cuerpo, pero pensó que la situación en que se encontraba era propicia para intentar la fuga.

El guardián le miró y Max cerró los ojos manteniendo la misma actitud como si continuara sin sentido.

Calculó lo que debía hacer para sorprender a su vigilante antes de que éste consiguiera dar la voz de alarma, o acaso utilizar el revólver que esgrimía en la mano.

Le tenía cerca y estaba sentado en un taburete.

Cerca, junto a la pared, había unos maderos. La cabeza de Max comenzó a pensar rápidamente. En su profesión las decisiones debían tomarse rápidamente y a menudo era necesario jugarse el todo por el todo.

Calculó bien la distancia y se levantó de improviso, lanzándose contra el taburete.

Casi sin darse cuenta su guardián se vio sentado en el suelo.

—¡Mald...! —empezó a maldecir, pero Max, ágil, había agarrado uno de los palos. Blandirlo y golpear la cabeza del vigilante fue la misma cosa. El hombre ahogó su grito en la garganta y enmudeció por un buen rato.

Max, a quien lógicamente le habían quitado el revólver, pudo hacerse con el del guarda al que acababa de dejar fuera de combate y caminó hacia la escalera que ascendía hasta la planta baja.

En aquel momento alguien abrió, y escuchó unas voces.

¡Unos segundos más y hubiese encontrado el camino expedito...!

Ahora, en cambio, bajaban otro par de guardias, seguramente para despertarlo y darle otra tanda de golpes. Max se pegó en el ángulo que formaba el hueco de la pared y esperó.

—Bueno, ya conoces al jefe —decía uno al otro—. Quiere datos concretos. Y ese tipo parece duro de roer.

—Ya le ablandaremos —dijo el otro.

Pasaban ambos frente a Max. Este se lanzó tras el que tenía más cerca y le atenazó con la derecha la garganta atrayéndolo hacia sí e inmovilizándolo por completo, al mismo tiempo que con la otra mano empuñaba el revólver para conminar al otro guarda.

—¡Quieto o le rompo el cuello! ¡Vamos! Tira tu revólver. ¡Rápido!

Ante la vacilación del guarda, contestó su amigo que apenas podía moverse por la presión que Max estaba ejerciendo en su garganta.

—¡Obedece, Max! ¡Haz lo que te dice!

El otro tiró el revólver y casi enseguida Max soltó al que había atenazado, pero le obligó a dar la vuelta de un tirón y le golpeó el rostro con el cañón del revólver.

El otro intentó recuperar el arma, pero Max se le anticipó y saltó ágilmente con el pie por delante para golpearle en pleno rostro.

No pensaba en el desquite de la paliza recibida tanto como en su deseo de huir de aquella casa.

Pero el guarda se había levantado de nuevo y se lanzó de cabeza contra el abdomen de Max que se apartó a tiempo dejando que su enemigo se diera contra la pared y él mismo se noqueara,

—¡Eh...! —gritó alguien desde arriba. Era otro guarda,

Max se escondió bajo la escalera. Y el otro volvió a gritar sin obtener respuesta.

—¿Estáis sordos o qué? —siguió el otro y comenzó a descender.

—Pero ¿qué pasa?

Max salió y le encañonó. El otro no había llegado aún abajo y al ver el revólver dio la vuelta intentando huir de nuevo hacia arriba.

Max, en un alarde de agilidad, le alcanzó por las piernas y ambos cayeron, pero con ventaja para el agente secreto que se levantó primero y sin dar tiempo a su antagonista le golpeó con el

pie dejándolo fuera de combate.

Lanzó un suspiro al comprobar que de momento tenía libre el camino.

Subió hasta arriba, entreabrió la puerta y se asomó. Estaba en el lugar que ya conocía. Escuchó la voz de De Soto que se aproximaba hablando con alguien.

Max, conocedor de la casa por los planos que se había aprendido de memoria, se deslizó pegado a la pared hasta la puerta más próxima. Aun antes de entrar sabía que se trataba de un cuarto de baño. Empujó la puerta y se quedó allí, mientras De Soto y Chris pasaban por el otro lado.

Max avanzó hacia la otra puerta del baño. Comunicaba con el dormitorio.

La esposa de De Soto avanzaba hacia allí con la bata que se había puesto al levantarse de la cama.

Max la observó unos, segundos. Y a punto estuvo de lanzar un silbido de admiración.

No se trataba de una mujer más o menos de la edad de De Soto. No. Aquella que acababa de dejar la cama del dueño de la casa, era joven, bella, con ojos grandes y expresivos y a través de la vaporosa tela que cubría su cuerpo podían verse las sinuosas líneas de su cuerpo perfectamente moldeado.

Max retrocedió para buscar un lugar donde pasar inadvertido. No podía salir porque De Soto estaba al otro lado, y no podía entrar en la habitación porque iba a cruzarse con la mujer...

Observó entonces el hueco existente al lado del lavabo que disponía en un biombo que en estos momentos estaba plegado.

El hueco contenía una barra metálica destinada a perchero. Había algunas prendas en él. Se metió entre ellas, pero antes dejó el biombo medio desplegado y quedó oculto allí en el momento en que la esposa del dueño de la casa entraba al baño y abría los grifos para atemperar el agua.

Conteniendo la respiración, esperó y deseó que la mujer no decidiera tomar algo del perchero.

Ella se contempló al espejo, limpió sus dientes y observó el agua. Luego se quitó las prendas que la cubrían para después introducirse en la bañera.

Max seguía inmóvil, observando a la única persona que en aquel

instante hubiera podido delatarle con solo gritar.

—¡Ha escapado! —gritó entonces uno de los hombres a los que Max había vapuleado en el sótano.

De Soto estaba en el umbral de la puerta y se revolvió. Junto a él seguía Chris.

—¿Dónde está? —inquirió éste.

De Soto se dirigió a los que estaban en el exterior y les advirtió.

—¡Cuidado! El pájaro ha volado.

—Por aquí no ha salido, señor. —adujo una voz.

—Por aquí tampoco —aclaró otra.

—Tiene que estar en la casa. Debe conocerla a fondo —murmuró el propietario e hizo una seña a Chris.

Ambos armados, comenzaron a inspeccionar.

De Soto se aproximó al baño y abrió la puerta. Su mujer se hallaba sumergida entre una montaña de espuma.

—¿Ocurre algo, querido? ¿O es que te gusta ver cómo me baño?

—Perdona, Stella. No quería importunarte —y cerró la puerta.

La mujer sonrió plácidamente mientras dejaba que la abundante espuma acariciara su cuerpo.

Max continuaba en su escondrijo.

Y allí seguía hasta que Stella salió del baño y se dirigió al perchero en busca de una toalla limpia, de las que estaban en el estante correspondiente.

Entonces ya no pudo evitar ser visto. Ella quedó tan paralizada que no acertó a gritar.

Rápidamente Max la cubrió con una toalla y le tapó la boca.

—No grite —susurró—. Es una situación comprometida para ambos. Deme tiempo a salir. Soy un ladrón de joyas, pero no me han dejado que me llevara el botín.

La soltó y salió rápidamente.

Ella tardó aún en reaccionar. Se encontraba con la toalla sobre el cuerpo y totalmente anonadada.

Cuando empezó a chillar, Max entreabría una puerta lateral.

Los gritos de la mujer atrajeron al dueño de la casa, a Chris y a alguno de los guardas.

Max observaba al tipo que cubría la puerta lateral por la que intentaba salir. El guarda tenía la cabeza vuelta hacia el lado opuesto tratando de localizar los gritos.

Max echó a correr hacia él. Cuando el guarda se revolvió, tenía al intruso encima. No pudo reaccionar a tiempo y se encontró con un directo en la mandíbula que le mandó contra el suelo.

Max saltó sobre él y con un par de golpes precisos, le dejó fuera de combate. Luego corrió hacia el parterre donde había arrojado los negativos.

Tenía el camino expedito hasta el garaje de la casa, al cual se coló.

Se oían voces de alarma. Max sólo tenía una alternativa, tomar el coche más rápido de los que estaban depositados en el garaje. Se decidió por un “Alfa-Romeo” deportivo. Subió sobre él y le dio la marcha.

El “Alfa-Romo” salió disparado por la puerta del garaje.

El ruido atrajo a los otros, pero Max dominaba bien el volante poniendo tierra de por medio.

Sin embargo, sabía que los otros no tardarían en salir en su persecución. Era temprano aún, para poder cantar victoria.

CAPÍTULO XVIII

CUANDO MAX salió a la carretera principal sabía que sus seguidores se hallaban a unos quinientos metros de distancia. En la inmensa recta podía verlos a lo lejos.

Iban tres coches.

Observó que el “Alfa-Romeo” era portador de una radio y la conectó. Así pudo oír cómo alguien estaba hablando con la policía.

—Va con un “Alfa-Romeo”, matrícula de California, color rojo.

¡Era el suyo!

—Sigue en dirección a la autopista de México —seguía el informador.

La policía le respondía.

—Le interceptaremos el paso en el cruce. No podrá escapar.

¡Estaba acorralado!

Miró alrededor. A derecha e izquierda inmensas explanadas desprovistas de caminos y vegetación donde ocultarse.

Al fondo la autopista discurría cerca del mar. ¿Por dónde podía huir?

Detrás tenía a sus seguidores. Delante la policía, y consigo llevaba la prueba de los documentos que De Soto tenía en su caja fuerte.

Siguió pisando a fondo sin dejar de contemplar el panorama.

A lo lejos observó un “Ford” viejo, renqueante, que se había detenido en el descampado al lado del bar, en las proximidades del golfo.

De repente observó que alguien salía del coche y corría hasta situarse al centro de la carretera.

Unos metros más de avance y le permitió ver que la silueta que le estaba haciendo señas en mitad de la calzada era una mujer.

—¡Marie! —exclamó Max para sus adentros.

Se alegró de que la muchacha siguiera viviendo. Se alegró por ella y porque estaba seguro de que acudiría en su ayuda.

Aceleró cuanto pudo hasta frenar junto a la muchacha que le indicó el “Ford”.

—¡De prisa!

Max abandonó el auto y corrió junto a ella hasta alcanzar el viejo coche americano.

—Ponte al volante, Max. Hay que salir de aquí cuanto antes.

—No hace falta que lo jures —añadió él y marchó campo a traviesa en dirección al mar.

—No iremos muy lejos con esto —murmuró cuando ya sus perseguidores se habían detenido en la carretera junto al “Alfa-Romeo” abandonado.

—Bastará con que lleguemos a la rada. Tengo una lancha a punto...

—Por estar muerta creo que te has portado con mayor inteligencia que muchos vivos.

—Supuse que estarías en peligro. Estaba segura...

—Bien. Ya tendremos tiempo de hablar —repuso Max sin dejar de prestar atención al sendero lleno de baches y piedras y no perdiendo de vista el retrovisor.

—¡Es por ahí! Hacia la izquierda —indicó ella.

El campo era una llanura que se perdía donde empezaban las escasas dunas y la línea de la costa, muy suave en aquellos contornos.

Momentos después, dejaban el “Ford” a una altura de unos veinte metros sobre la pequeña rada.

A Max le bastó un ligero vistazo para observar la lancha rápida solitaria que estaba amarrada junto a las rocas.

Descendieron rápidos, cuando sus seguidores habían reanudado ya la persecución, aunque a menor distancia.

Llegaron a la lancha y Max la puso rápidamente en funcionamiento, mientras ella, mirando hacia atrás, ordenaba:

—Sigue la costa. Hacia los acantilados más altos. Hay una cueva que puede traspasarse. Al otro lado estaremos a salvo.

—¿Quién te ha proporcionado todo esto? —inquirió él con admiración.

—Ya lo sabrás.

—Sí, claro... Me estoy dando cuenta de que ignoramos muchas cosas el uno del otro.

—Cíñete más a la costa, Max, por favor. No deben vernos —insistió ella.

Max giró hasta pasar casi pegado a las paredes lisas que delimitaban el mar de la tierra firme. Los acantilados más altos arrancaban un par de kilómetros más allá, casi al final del golfo.

—No me digas que tienes también los pasajes de vuelta a Londres —sonrió él mirando hacia atrás.

El mar estaba relativamente en calma, la navegación no ofrecía ninguna dificultad y por el momento nadie les perseguía.

—No. No tengo los pasajes —repuso ella gravemente.

Estaban ya junto a los acantilados.

—Debes recorrer un kilómetro. Allí está la cueva. Pon atención —aconsejó ella.

Max asintió pensativo. Observaba las rocas escarpadas de la zona agreste, solitaria y salvaje.

Siguiendo el ritmo que llevaba la lancha no tardó en observar la abertura entre las rocas, aminoró la velocidad y describió una curva para meterse en la cavidad natural, penetrando seguidamente en ella.

El agua discurría en forma de pasillo angosto por entre un túnel natural que se ensanchaba a un centenar de metros y ofrecía dos corredores más estrechos todavía. Era necesario marchar a marcha extraordinariamente lenta para que la embarcación no rozara en las rocas.

—A la izquierda —indicó ella.

La oscuridad penetrante por un momento cambió para dar paso nuevamente a la luz del día. Estaban saliendo a una pequeña playa que era ni más ni menos el fondo de un pozo de una veintena de metros de diámetro.

Saltaron de la lancha.

Para ganar la parte alta y librarse del pozo, había que ascender por la escarpada pared. No era difícil, debido a los abundantes salientes de las rocas.

Treparon los dos y Marie demostró una gran agilidad.

Al llegar a lo alto esperaba un camión de transporte de leche. Era de gran tonelaje, con la caja completamente cubierta. Al volante iba un hombre con un uniforme convencional, propio para un repartidor.

—Ahí —dijo la muchacha indicando la parte trasera del camión.

El corrió hacia la puerta, pero antes de abrirla se volvió hacia la muchacha:

—¿Que significa todo esto, Marie? ¿Quién lo ha preparado?

—No hagas preguntas. Sube ahora.

—No, Marie. Aún no. Esto no me gusta. Se trataba de un trabajo que debíamos realizar solos...

—En caso de emergencia, siempre es posible solicitar ayuda.

—Wilbur Sand no me habló de ayudas. Fue muy claro.

—Sube —insistid ella.

Los ojos de Max se desviaron unos instantes mirando por encima del hombro de la muchacha. Unos setos se habían movido.

Max avanzó unos pasos con indiferencia y siguió hablando como si nada hubiese observado.

—Es curioso... Hemos dado un gran rodeo y apuesto a que no estamos muy lejos. He observado que dábamos la vuelta siguiendo el litoral del golfo.

Max se aproximó más a los setos y miró de soslayo.

¡Había alguien!

Alguien que esgrimía un arma. Max calculó la distancia. Ella comenzó a abrir la puerta trasera del camión.

—No perdamos más tiempo, Max. Pueden descubrirnos.

—Sí, sí, claro —sonrió él.

Se volvió de repente y se lanzó contra los setos. La silueta que se movía dentro estaba muy cerca. Max cayó sobre ella. Era un hombre. Le derribó con su empuje y ambos forcejearon en el suelo.

Max se incorporó primero. El otro había perdido el arma y antes de que pudiera intentar recogerla recibió un buen directo en el rostro que le hizo trastabillar.

Max, sin contemplaciones, le noqueó de un tremendo derechazo al mentón.

Recogió el arma y salió.

La puerta trasera del camión se había abierto, un par de

hombres junto a la muchacha le estaban encañonando.

—Tire el arma y acérquese. Basta de comedia. ¡Vamos! Dese prisa...

Max miró significativamente a la muchacha. Marie bajó la mirada.

El par de sujetos montaron sus respectivas pistolas.

—Suba —instó uno.

No había escapatoria. Max tuvo que obedecer.

CAPÍTULO XIX

EL camión estaba ya en marcha. Cruzaba la autopista donde se hallaban detenidos dos coches policiales. Más allá estaban los seguidores de Max detenidos también. Sin duda le buscaban.

El camión de la leche pasó tranquilamente y el conductor, masticando chicle, se permitió incluso saludar a uno de los guardianes con un ademán. No iba demasiado deprisa.

Max, en el interior de la caja del camión, seguía rodeado por los tres hombres —se hallaba también el que él mismo había noqueado entre los setos— Marie se hallaba más distante.

Uno de los que le encañonaban se aproximó y murmuró:

—Vuélvase de espaldas. Lo siento.

—Oiga... ¿Qué preten...?

Max no pudo concluir. El que tenía a su espalda le había golpeado utilizando una porra de goma.

Cayó al suelo sin sentido.

El camión continuó su marcha. Nadie le detuvo.

Marie estaba junto al inconsciente Max y murmuró:

—No era necesario todo esto.

Nadie le respondió.

Max seguía tumbado en el suelo, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

Entretanto en Londres, Wilbur Sand dejó el periódico que estaba leyendo a un lado.

Los titulares hablaban de la visita de cierto personaje africano relacionado con la industria del petróleo.

La nueva secretaria de Wilbur apareció en el despacho:

—Aquí tiene, señor. Son todos los vuelos procedentes de Estados Unidos previstos para el día de hoy.

—Gracias, Susan, déjelo ahí. —Consultó el reloj y murmuró—: Hoy ya no la necesito más.

La muchacha dejó la oficina, fue a arreglarse y salió poco después para preguntar:

—¿Irá a recibir a ese rey del petróleo, señor?

—No tengo más remedio. Son gajes del oficio. Adiós, Susan. Hasta mañana.

Cuando Wilbur quedó a solas tomó el horario de los vuelos procedentes de los Estados Unidos que su secretaria le había facilitado. Luego tomó de nuevo el periódico y buscó en las crónicas extranjeras, fijándose en el anuncio de la estancia en Estados Unidos de un dirigente de la China de Mao.

Dejó de nuevo el periódico y tomó el teléfono marcando un número. Esperó respuesta y habló:

—Necesitaré el avión de un momento a otro. No sé cuándo. Quiero que esté dispuesto.

—Sí, señor —repuso la voz al otro lado del hilo.

Luego pensó unos instantes y tomó el teléfono otra vez para realizar una nueva llamada.

—Excelencia... Sí... Soy Sand... Es referente a esa recepción... Sí, sí, con el personaje árabe... Verá..., Excelencia, no lo tome como excusa, pero en mi departamento tengo una serie de trabajo atrasado...

Alguien hizo un comentario al otro lado del hilo. Sand parecía contrariado, pero insistió:

—Me doy perfecta cuenta, señor, pero tenga la seguridad de que los servicios funcionarán perfectamente... Todo está previsto, Excelencia... Nuestro visitante estará más seguro aquí que en su propio país...

Otro comentario de su interlocutor y por fin renació la esperanza en el rostro de Sand.

—Sí, señor. Es un trabajo inexcusable. De cualquier modo mañana estaré presente en la recepción... Gracias, señor. Celebro que lo comprenda... Después de todo ya habrá bastante gente en el aeropuerto... Y yo no soy ningún diplomático.

—Está usted en lo cierto, Excelencia. No soy nada diplomático.

Hasta la vista y muchas gracias por su comprensión.

Colgó. Lanzó un suspiro y salió de la oficina, ordenando:

—Mi coche, rápido.

Un empleado llamó al garaje y poco después Wilbur en la calle y al volante de su automóvil conducía hacia el aeropuerto de Heathrow.

Cuando llegó, se mezcló entre el tráfico normal del aeropuerto y quedó pendiente de los avisos que las diversas compañías iban transmitiendo para los que aguardaban la llegada de aviones o los que esperaban para tomarlos.

El pensamiento de Wilbur Sand estaba ocupado por un solo nombre: Max.

Y Max despertó en un lugar extraño. Se encontró incómodo y entonces una mano le aproximó un espejo.

La imagen que vio reflejada en él le resultó del todo irreconocible.

—Pero...

Se palpó el rostro y vio su propia mano acariciándose... Aunque en realidad lo que estaba palpando era un fuerte vendaje.

¡Le habían cubierto la cabeza por completo dejándole únicamente huecos para la boca, nariz, ojos y oídos!

Buscó con los ojos al propietario de la mano y observó el rostro siempre bello y sereno de Marie.

Antes de que pudiera hacer preguntas, ella aclaró:

—Todo va bien, Max. Era necesario hacerlo así. ¿Comprendes?

—¿Por qué no se me advirtió?

—No había tiempo. Las cosas no salieron lo bien que hubiésemos deseado y los aeropuertos estaban vigilados.

—¿Y quién arregló esto?

—La CIA, por supuesto.

—Wilbur dijo que no intervendría nadie... Que estaría solo...

—Siempre hay una salida para casos de emergencia. Pedí ayuda en el último momento.

—Este era un trabajo muy especial... Y oficialmente tú no sabías nada...

Ella guardó silencio.

Max trató de moverse y se sintió ligeramente mareado.

—¿Qué diablos me han hecho?

—Te han administrado un calmante... Has dormido bastante.

Moró alrededor y entonces comprendió.

—Estoy en un avión...

—Camino de Nueva York. Te encontrarás bien al llegar allí. Podrás vestirme normalmente y seguiremos juntos el viaje, como marido y mujer. Igual que al venir. En Nueva York no hay peligro.

—No hay peligro, ¿eh? ¿Y mi aparato fotográfico...?

Ella se levantó y fue hacia el fondo de la cabina, abrió un armario y del pantalón de Max extrajo la diminuta máquina

—Aquí está. Con el negativo dentro. Nadie ha tocado nada. Si quieres se puede revelar aquí mismo.

Max no acababa de ver claro.

—¿Cuánta gente sabe esto, Marie? ¡Habla claro!

—Sólo los que tienen que saberlo. Wilbur, tú y yo...

—Y los que nos han ayudado.

—Nos han ayudado siguiendo órdenes. Tú sabes cómo funciona todo. Nadie hace preguntas. Ellos sabían que tenían que ayudarnos y lo han hecho. Compruébalo tú mismo. El rollo de los negativos está íntegro. Nadie lo ha tocado.

—Han cambiado los negativos, ¿no?

—No lo han hecho. Te doy mi palabra... ¡Oh! —ella se pasó la mano por el rostro. Él no parecía dar crédito a lo que la muchacha le decía.

—Max..., comprendo que dudes, pero no había otro remedio. Eran demasiadas explicaciones, y no había tiempo. Fuimos directamente al aeropuerto. En el mismo camión tuvimos que vendarte, luego una ambulancia nos esperaba...

Marie revivió las vicisitudes. La detención del vehículo una vez Max ya estaba como un paciente al que había que trasladar con urgencia, luego la rápida llegada al aeropuerto donde ella recogió los pasajes vestida de enfermera.

Max escuchó el relato en silencio. Ella concluyó:

—Si no te basta lo que yo te digo en Nueva York tendrás oportunidad de hablar con el coronel Stanton...

CAPÍTULO XX

MAX no fue anestesiado al bajar del vuelo doméstico que lo había llevado desde Los Ángeles a Nueva York. Decidió seguir la comedia lleno de suspicacias y de confusiones. Lo que estaba sucediendo se apartaba de sus instrucciones. Algo fallaba, pero no atinaba a descubrir de qué lado se inclinaría la verdad.

Marie siguió siempre a su lado, con actitud serena, tranquila. Todo en ella parecía obedecer a un don natural, y a Max se le hacía difícil creer que la muchacha pudiera estar al “lado contrario”.

Una ambulancia aguardaba al presunto paciente y dos enfermeros lo metieron dentro. Marie estuvo siempre a su lado y el vehículo salió con urgencia haciendo sonar insistentemente la sirena.

Los cristales biselados de la ambulancia impedían a Max ver la ruta que seguían.

Fue ella quien le indicó:

—Vamos hacia las afueras, dando un gran rodeo. En realidad no nos apartamos demasiado del aeropuerto. Voy a quitarte el vendaje. Déjame que te ayude.

Marie empezó a manipular en el rostro del agente.

En pocos minutos él recobró el estado normal. Marie sacó del bolso un espejo y lo tendió al joven.

—Toma. Ahora viajarás con tu pasaporte auténtico. Sería peligroso que lo hicieras disfrazado como a la ida. Hay que tomar toda clase de precauciones. Vístete.

El asintió. Aquello parecía absolutamente natural.

Aún no se había puesto la chaqueta ni la corbata, cuando la

ambulancia se detuvo.

Al bajar vio que estaba en un bosque. La carreta se vislumbraba entre la vegetación. Había un coche beige detenido y de él se apeó un hombre de paisano, robusto y sonriente. Se presentó a sí mismo.

—Soy el coronel Stanton.

—Supongo que podrá probarlo. ¿Verdad? —sonrió Max.

—Ya me advirtieron que era usted muy desconfiado. Mire —le mostró su identificación.

—Ya...

—Bien, Max. Hizo usted un buen trabajo. Salude a Sand de mi parte. Dígale que hemos triunfado en toda la línea. Con hombres como usted da gusto.

—Si usted lo dice.

—El trabajo lo hizo solo. Nosotros sólo prestamos una pequeña ayuda.

—¿Por qué no me advirtió Sand de que podía contar con esa ayuda?

—Porque no nos avisó. Afortunadamente Marie estaba con usted.

—¡Un momento! Marie...

—Vamos, Max. No perdamos tiempo. Hay un vuelo dentro de media hora. Te lo contaré por el camino. Ahora no tenemos tiempo.

—¡Salude a Wilbur, muchacho! —sonrió el coronel agitando la mano.

Max se metió en el coche. A su lado llevaba a Marie. Seguía sin fiarse de nada.

Fue en el avión, cuando sobrevolaban el Atlántico rumbo a Inglaterra donde iban a llegar entrada la noche.

Marie explicó:

—Emerson era un traidor. Estaba previsto eliminarle, pero surgió Meyland y sin él proponérselo nos hizo un favor. Acabó con Emerson evitando el que pudiéramos intervenir. Fue una de esas casualidades que, aunque parezca mentira, ocurren en la vida... De todos modos, Emerson jamás hubiese intervenido.

—Estaba previsto que lo hicieras tú.

—Sí, Max. Era una solución de emergencia que Wilbur no podía rechazar, pero insisto en que todo salió mejor de lo previsto gracias a que Meyland actuó por su cuenta favoreciendo nuestros planes...

—¿Y por qué no sé informó a Wilbur? —preguntó Max.

—Wilbur es sólo un recurso de la CIA. Él cumple con lo que le han pedido, igual que tú y que yo. Por encima de Wilbur hay otras personas... Lo importante era desenmascarar al traidor.

—A ese Coronel del Pentágono y a De Soto. ¿No?

—Y quizá a alguien más. Nunca se sabe, pero de momento lo principal está ya logrado.

—Marie... Hay algo que no veo claro.

—Te contaré todo lo que yo sepa, Max —repuso ella.

—Wilbur Sand ignora que tú... perteneces a la CIA. ¿O acaso al servicio secreto inglés?

—Pertenezco al servicio secreto inglés —aclaró ella.

—Y Wilbur no lo sabe. ¿Verdad?

—Sí, claro. Wilbur lo sabe. Todos los que trabajamos en esta rama estamos al corriente de quiénes son nuestros amigos.

—Pero él demostró no saberlo...

—Mira, Max... No es obligación de ningún miembro poner en antecedentes al otro, ni el que sirve tiene por qué hablar de esas cosas con su jefe ni el jefe con su subordinado. Son las reglas del juego. Él no me habló en absoluto de la misión que tú tenías que realizar.

—¡No, no, y no! Esto no está claro, Marie. Estás tratando de confundirme —exclamó Max con voz suficiente baja para que los demás pasajeros no pudiesen oírle— tú estabas enterada de la misión por otro conducto.

—Sí, por la CIA.

—Entonces... cada cual trabaja por su cuenta... O acaso... ¿Dudáis de Wilbur Sand? ¡Esto ya sería el colmo de todo!

—Wilbur es el hombre más íntegro que existe dentro de la organización. Por eso la CIA le pidió su colaboración, pero no podía dejarlo en la estacada, por eso me utilizó a mí y puso en mis manos los medios para pedir ayuda... Y esto es todo. Ojalá termine bien... Como yo deseo de un modo especial.

Guardaron ambos silencio. La muchacha seguía llena de sinceridad, en su aspecto, en su expresión, en su forma general de comportarse.

Pero Max intuía el peligro.

Pensó en los acontecimientos... En su fuga, en la oportuna e

imprevista ayuda de Marie, en el camión de transporte de leche preparado... Todo desfilaba por su mente.

Luego los vendajes, la dosis de somnífero que le habían proporcionado, los pasajes perfectamente en regla, la ambulancia y el aparente feliz regreso.

Wilbur tenía que saber todo aquello...

CAPÍTULO XXI

Y WILBUR seguía en el aeropuerto. Estaba tomando una taza de café en el bar. El tránsito era mínimo. Faltaba el último vuelo procedente de Estados Unidos.

Lo anunciaron por los altavoces.

Entre las escasas personas que se hallaban en Heathrow había un hombre que parecía estar muy atento al periódico, pero de vez en cuando echaba miradas hacia el bar.

Observó cómo Wilbur se levantaba y se dirigía a una cabina de teléfonos.

Al poco tiempo un altavoz llamó a un tal Smith para que se pusiera al habla.

Smith era el tipo del periódico que preguntó desde dónde podía hablar y cuando se lo indicaron se colocó en otra cabina.

La voz que recibió era la de Wilbur Sand. Habló brevemente.

—Es posible que llegue en este avión. Necesito la máxima protección para ese hombre.

—Estoy preparado, señor —repuso el llamado Smith.

—Bien, confío en que todo salga bien.

—Sí, señor.

Fuera del edificio dos automóviles aguardaban, en cada uno de ellos había cuatro hombres. Todos estaban pendientes del avión que estaba tomando tierra.

Uno de los hombres sacó del bolsillo una fotografía y observó durante unos instantes el rostro de Max, como si quisiera grabarse su aspecto en la memoria. Luego guardó nuevamente la foto.

Wilbur habló nuevamente por teléfono y pidió:

—¿El avión está listo?

—Sí, señor. Todo como usted pidió.

—Bien, gracias —colgó.

El vuelo procedente de Nueva York estaba ya en la pista de llegada. Los pasajeros descendían para dirigirse hacia la entrada destinada a vuelos internacionales.

Max y Marie, del brazo, se dirigieron hacia la puerta destinada a “pasajeros extranjeros”. Max llevaba pasaporte francés. Ella británico. Tuvieron que separarse.

Cosa extraña, la breve cola para los ingleses era lenta cuando en realidad sucede al revés.

A Max le llamaron a través de un altavoz. Pasó primero la aduana y nadie le hizo abrir el breve maletín. Pudo salir.

El altavoz seguía insistiendo:

—Llaman al señor Max Morlan. Cabina número seis.

Max avanzó y enseguida se le cruzó el tal Smith.

—¡Por ahí! —le indicó.

Fugazmente, Max vio a Wilbur en el exterior y comprendió que el asunto era urgente.

Max dejó a Marie y corrió con Smith.

Marie consiguió al fin librarse de los aduaneros y salió rápidamente. Frente a ella se detuvo un automóvil. Era uno de los que habían estado aguardando el avión.

—¿Dónde está? —inquirió ella.

—Por allí —le indicaron. Y el auto arrancó dejándola a ella fuera, en la misma puerta.

El otro automóvil que había estado aguardando salió tras el primero. Ambos seguían la ruta que Wilbur llevaba al volante del coche en el que viajaba también Max.

—He estado reflexionando, Wilbur... Creo que al fin tengo la solución... ¡Maldita sea! Estás rodeado de enemigos por todos los sitios. Empiezo a ver claro todo esto.

—Ahí está el avión. Ya me lo contarás —repuso Wilbur.

Bajaron en la pista particular. Alguien se llevó el auto de Wilbur Sand y éste, en compañía de Max, subió al avión particular.

Pilotaba Wilbur.

—Vamos al refugio —dijo simplemente.

—Marie es una agente doble —dijo Marx—. Dijiste que el

coronel del Pentágono que sustrajo los documentos se llamaba Stanton.

—No. No lo dije —repuso Wilbur.

—Pues es él. Me esperaba en Nueva York después de una accidentada fuga... Podían haberme matado en cualquier momento, pero sospecho lo que pretenden.

—¿Qué pretenden según tú?

—Que creas que puedes fiarte de ellos. Marie estaba al corriente de todo.

—Lo sé. Mataron al negro en París. No fue un accidente, fue un crimen. Sospecho que habló. Marie estaba a mi lado para vigilarme. ¿Traes los negativos?

—Sí, pero... No estoy seguro que no hayan sido manipulados.

—Dámelos.

Max obedeció. Estaban revelados.

—Toma. Marie los reveló. Aparentemente son idénticos.

—Es suficiente. Toma. Tripula tú. ¿Quieres?

—Sí, claro —Max tomó los mandos.

Wilbur buscó algo de la parte trasera. Era un paracaídas que comenzó a colocarse.

—¿Hay que saltar?

—Sí. Espero que no tengas, miedo.

—Bueno, no será la primera vez —sonrió—. Ni la primera que salte ni la última que tenga miedo. —luego añadió—: Creí que íbamos al refugio.

—Es allí donde nos buscarán —sonrió Wilbur observando la situación y la altura.

—¿Cuándo supiste que Marie era un agente doble?

—Cuando me enteré de lo del negro. Habló. Estoy seguro de que habló.

—Bien, pero esos negativos podrán probar que De Soto es un traidor y ese coronel Stanton. Tienes lo que necesitas. A pesar de todo, ha salido bien... No acabo de entender... Ahora los negativos ya están en tu poder. Se puede probar que...

Wilbur abrió la puerta.

—Lo siento, Max... Llegarás a entenderlo, pero quizá sea demasiado tarde. En nuestra profesión... ya sabes... No hay lugar para los sentimentalismos.

—¡Wilbur! —exclamó Max.

Wilbur se arrojó con el paracaídas.

—Wilbur, pero... —No pudo continuar, la puerta seguía abierta y el avión tenía algún fallo, empezaba a saltar como si estuviera metido entre baches profundos.

Max trató de dominar los mandos y entonces comprendió la verdad.

¡No había combustible!

Buscó hacia atrás. Tampoco encontró otro paracaídas.

¡Estaba en una trampa! Una trampa mortal.

El avión perdía altura. Wilbur había fijado la ruta hacia el mar. Bajo el avión se movían las aguas del Atlántico, grises, oscuras por la carencia total de luna.

—Wilbur Sand... —murmuró Max—. Un traidor...

El aparato capotaba. El combustible inexistente casi ya no podía mantenerle a flote, las hélices renqueaban y el motor se llenó de extraños ruidos.

“Wilbur Sand”, repitió Max mentalmente.

—“Ya comprenderás” —habían sido las últimas palabras de Wilbur—, Y ciertamente había comprendido, pero demasiado tarde.

El avión se iba de cabeza al Atlántico.

Max viró por última vez, obligando al avión a describir una curva que le aproximaba a la costa, pero estaba lejos. Si pudiera mantenerlo todavía durante unos segundos...

El avión pareció planear, pero volvió de nuevo a descender en barrena.

La línea de la costa estaba a medio kilómetro aproximadamente.

* * *

El aparato se había hundido en las profundidades.

La lancha se dirigía al lugar a toda velocidad.

Las últimas palabras que había escuchado Max a través de la radio fueron:

—¡Tírese, Max! Es su única oportunidad.

Sí. Max se tiró cuando el avión estaba ya muy próximo al agua.

La velocidad y el viento le impidieron reservar el aire suficiente y se hundió también, pero...

Había conseguido emerger, y allí estaban los especialistas de la lancha.

Le izaron, depositándolo tendido sobre la embarcación. Alguien le practicó la respiración artificial.

* * *

Cuando abrió los ojos estaba en una cama. Lo primero que vio fue la bella silueta de Marie.

—Gracias a Dios —susurró ella.

Apenas era necesaria ninguna explicación. En su subconsciente se había forjado la realidad, la había comprendido...

Wilbur, un personaje importante, del que, no obstante, se sospechaba, le llamó a él, un colaborador esporádico, un agente circunstancial, desconocido por todos, con una misión concreta: robar unos documentos que probarían la traición de dos importantes personajes de los Estados Unidos. La misión era supersecreta, pero la realidad era muy otra:

Wilbur, amparándose en ese supersecreto y en la discreción y buen hacer probados de Max, le utilizó para conseguir esos mismos planos, pero para su uso particular.

Marie le mostró un periódico. El personaje africano implicado en asuntos petrolíferos era la clave.

Wilbur había hablado de chinos, pero la verdad era que los planos era algo que afectaba a las potencias árabes. Estaban en clave. Mas no podía saber la realidad. Y Wilbur tenía prisa por entregar los documentos al destinatario a quien se los había prometido.

En la televisión se pasaba la película de la despedida del personaje africano.

Sí. Todo hubiese quedado en el secreto. Nadie hubiera sabido jamás que Wilbur Sand, un personaje importante, tenía una doble vida y era un traidor...

—Todo empezó —dijo como si siguiera el hilo de los pensamientos de Max—, cuando intentaron hacer hablar al negro... Antes de morir confesó la verdad y entonces supimos que Wilbur Sand había pedido tu colaboración para un trabajo especial, pero ignorábamos exactamente de qué se trataba... hasta que yo intervine.

—Pero tú ya eras su secretaria.

—Me pusieron allí porque sospechaban de él. La prueba llegó contigo y tu misión. Sólo nos faltaba el final; cogerlo in flagrante

delito cuando le dices los negativos.

—Y también dudabais de mí, ¿eh?

—No se puede estar seguro de nada. Mi intuición me decía que tú no sabías la verdad, pero que de llegar hasta el final... Cuando Wilbur te abandonó en el avión, comprendimos que tú ibas a ser su última víctima.

—Era la prueba de mi inocencia.

—Para los otros, Max, no para mí.

—Menos mal que me siguieron.

—Seguimos el rumbo del avión. Hubo que improvisarlo todo. De todos modos las lanchas guardacostas siempre están a punto...

Max volvió los ojos a la televisión.

Ella murmuró:

—El árabe debe haberse llevado un buen chasco.

Max, tras otro largo silencio en el que sólo se oía la voz lejana del locutor de la televisión, volvió los ojos hacia la muchacha que le miraba con dulzura. Luego dijo:

—Él me dijo que todo el plan era para cazar a un traidor. Vosotros empleasteis el mismo juego. Una comedia montada para desenmascararle.

Ella asintió.

Más que una prueba lo que había hecho Max era expresar en voz alta un pensamiento.

Lo que sí preguntó fue:

—¿Y De Soto? ¿Estaba en el juego?

—De Soto es un personaje importante. Al principio sabíamos que algunos documentos desaparecían, vía Inglaterra, por eso nuestros servicios de seguridad se pusieron en alerta.

—Pero...

—El coronel Stanton fue el primero en entrar en sospechas porque las infiltraciones parecían salir de su departamento y se montó la trampa para que el traidor cayera en ella.

—¿De Soto...?

—De Soto se limitó a colaborar, como en otras ocasiones. Él no sabía nada. Nadie sabía cómo se produciría, porque insisto en que al principio no teníamos a ningún culpable. Wilbur era simplemente un sospechoso. Luego apareciste tú y ya supimos a qué atenernos.

Tras un silencio ella añadió:

—De Soto nunca supo nada. En la baja California te perseguían de verdad, por eso tuve que pedir recursos, de lo contrario todo se hubiera venido abajo.

—Por supuesto, si me cogen jamás hubiese hablado —asintió Max.

—Y nos hubiéramos quedado sin la prueba definitiva contra Wilbur.

—Y pretendió matarme... porque ya sabía demasiado... Bien, ¿qué haréis ahora con él?

Había tristeza en el tono de voz de Max.

—¿Lo sientes?

—Creí que era un amigo.

—Reza por él. El paracaídas no funcionó. Se estrelló contra el suelo. Quizá sea mejor así —repuso la muchacha.

EPILOGO

WILBUR fue enterrado con absoluta normalidad, incluso con los honores de su cargo como funcionario público.

En la calle, Max, junto con Marie leían el periódico.

—Sólo la noticia escueta. Un accidente —murmuró Max.

—Es mejor no dar publicidad —y añadió—: Max, olvida esto. Siento que... Bueno, que desconfiaran de ti.

—Yo también llegué a pensar mal de ti. Estamos en paz. —consultó el reloj.

—¿Regresarás a Francia?

—Allí vivo.

—¿De dónde eres en realidad?

—Nací en un avión. Mi padre era francés y mi madre inglesa, pero... tengo varios pasaportes. Lo sabes, ¿no...?

—Max... Me han dado unas vacaciones. Nunca he estado en Francia.

—¿No? —murmuró él, dudó un poco y añadió—: Bueno, si eres capaz de preparar el equipaje en media hora...

Ella sonrió ampliamente.

—Lo tengo listo, Max.

El rio también.

—Me lo estaba figurando —y pidió un taxi.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España